

A black and white portrait of Raul Porras, a middle-aged man with dark hair, smiling slightly and looking towards the right. He is wearing a dark suit jacket over a light-colored shirt and a patterned tie.

RAUL PORRAS

POR RENE HOOPER LOPEZ

PUBLICACION DEL INSTITUTO RAUL PORRAS BARRENECHEA
Y EDITORIAL UNIVERSITARIA (EUELI) MIRAFLORES

RAUL PORRAS BARRENECHEA

"El amigo leal, caballeroso, que siempre me acompañó en esta ceremonia, Raúl Porras, me ha abandonado... Si suprimo el Barrenechea, no es por que deje de reconocer lo mucho que valía la Sra. Juanita, su madre, ni lo que para su hijo significaba; sino por que descompone el tríptico —cifra y compendio de mis afectos— La R y la P, letras que tanto significan para mí! Ellas representan: República Peruana, mi grande amor a la Patria; Ricardo Palma, mi íntimo sentir filial; y Raúl Porras, mi prototipo de consecuencia en la amistad". Augusta Palma.

Mocedades

El 8 de Setiembre de 1895 se inauguró el Régimen Demócrata que tenía al frente como Presidente de la República, a Don Nicolás de Piérola. La Junta de Gobierno presidida por don Manuel Candamo se felicitó de que se iniciaba una nueva era política y social con el establecimiento de un Gobierno Civil. No vaciló el propio Presidente de la

Junta en decir de Piérola que: "Ha tocado presidir transformación tan venturosa al que habiendo sido durante largos años prestigioso caudillo, ha arrojado de su memoria los ingratos recuerdos de las antiguas luchas y llega al poder con firme propósito de apelar a todos los elementos sanos para que concurren a la obra del bien común".

Así, la Alianza Democrática gobernaría durante cuatro años bajo la guía de Piérola, que infundiría fe en los destinos del país y esperanza en la estabilidad de la vida política y el progreso social.

Fué durante ese período, fecundo en todos sus aspectos, que vino al mundo uno de los claros exponentes que se insertan en la llamada generación del Centenario. En ella tiene que colocarse a Raúl Porras. Nació en Pisco el 23 de Marzo de 1897, hijo de don Guillermo Porras y de doña Juana Barrenechea. Fué bautizado en la Parroquia de San Clemente de la misma Ciudad, donde apadrinaron el acto su tío el Doctor Melitón Porras, que fuera miembro del Gabinete de Piérola en dos oportunidades y que, en la ocasión del bautismo se hiciera representar por el Doctor Enrique Mestanzas, y su madrina doña Virginia O. de Porras, quien fué representada por doña Genoveva Barrenechea.

La tierra de Abraham Valdelomar influyó indudablemente en el destino de Porras. Siempre habló del mar, del paisaje marino, como algo esencial en su espíritu. Recordó en más de una ocasión lo que Luis Favio Xammar decía sobre la costa, "el cuerpo

de los valles costeros casi estrangulado por el arenal, busca su única liberación en el mar; a él llega unido al destino de los ríos generadores de vida, a repararse en la calma salobre de las brisas marinas. Allí esta el color, el movimiento, la urgencia. La costa se mira en el mar, como un panorama maravilloso en el deseo". Muchas veces, después de horas de gran actividad y de fatiga, buscaba con sus acompañantes, una fuga hacia las playas cercanas a Lima, para beber la brisa marina, no importaba que fuera de día o de noche, lo esencial era el contacto de su mirada con el océano y el horizonte infinito.

Pese a ese atavismo tan hondo en su espíritu, fué "un limeño por la finura, la gracia alada, la ironía y el ingenio de su prosa". Vivió, como ha dicho Jorge Puccinelli, bajo el sortilegio de la ciudad de los Reyes, y su vida como su espíritu los desarrolló en la Capital, de esta manera, solo él podría haber sido el autor de la Pequeña Antología de Lima, que se publicó en Madrid en 1935, "que constituye el más hermoso itinerario espiritual de su ciudad familiar".

Comenzó la vida escolar como la de cualquier estudiante peruano y se ligó a su colegio para toda su vida, que lo recuerda como uno de sus claros penates, la Recoleta de los Padres Franceses. El mismo lo expresaba al decir que había estudiado desde 1906 a 1911, y guardaba el recuerdo de una atmósfera cordial y nostálgica de aquella época. A sus maestros de entonces les recordaba su emocionada añoranza "al Padre Donato que nos

absolvía de las confesiones casi sin oírlos; el padre Fulberto, tan sosegado profesor de bondad y de Filosofía; el padre Jorge todo rubor y encendido orador apostólico, fundador incansable de catecismos dominicales y academias literarias..." Pero de todas esas remembranzas justo es recordar la que su espíritu dedicó siempre a sus antiguos maestros, porque en la recordación de ellos tuvo siempre presente la de uno, que fué verdadero paradigma de nacionalismo, el padre Elías Soto, de quien dice era, en ese entonces, el único sacerdote peruano que tenía la Congregación de los Sagrados Corazones y por eso era, quizás no el más estimado sino el más popular, "seguido por masas entusiasmadas, cuando atravesaba el patio, sin razón alguna, porque sí y porque era una alegría irremplazable gritar a todos los pulmones ¡Viva Sotito!. Un condiscípulo de él, testimonio fehaciente de esa edad, L.A. Sánchez, señala que Porras no era dúctil pero sí franco y agrega, podía temerse sus sarcasmos pero podía confiarse en su lealtad. Después recordando sus calidades intelectuales anota que, asustaba su buena memoria y su clara inteligencia y al darnos una figura de él, nos lo observa así: "Menudo, algo reconcentrado, rubio, activo, nos despertaba emulación a los menores".

Universitario en San Marcos

De allí saltó a la Universidad. Llegó a la vieja casona donde fundó un travieso y variado periódico llamado "Alma Latina",

con Guillermo Luna Cartland. El mismo testimonio nos refiere que el estilo era cortado, muy francés. Se constituyó en el terror de los profesores adocenados pero no pudo salvar la severidad de don Alejandro Deustua.

Estudiante universitario, con perfecta vocación en sus aspiraciones, no pudo rehuir su presencia en los problemas finseculares de la Universidad Peruana y fué uno de los abanderados de la Reforma Universitaria. Así nacería el Conversatorio Universitario que tuvo como sede la casa de Porras y que logró juntar a personas tan disímiles como Haya de la Torre, José Quesada, José Luis Llosa Belaúnde, Jorge Guillermo Leguía, Jorge Basadre, Carlos Moreyra, Manuel Abastos, Guillermo Luna Cartland y tantos otros.

En la Corte Suprema

Por ese entonces, 1915, se inició en la carrera judicial. Amanuense Supernumerario de la Corte Suprema de Justicia, logró la propiedad del cargo un año más tarde. No fue su destino la carrera de Magistrado en efecto los estudios de abogacía, pese a las mejores intenciones de maestros y allegados, le importaron sólo por lo que significaba el derecho dentro de su honda inquietud sobre los destinos internacionales del Perú.

En la Cancillería

En 1919, fue Secretario en el Ministerio de Relaciones Exteriores; al siguiente pasaba como Auxiliar del Archivo de Límites,

donde encontraría uno de sus caros anhelos y metas en su destino identificado con lo mejor de la diplomacia peruana. Pasó después a ser Bibliotecario y Jefe del Archivo de Límites. Apareció entonces con caracteres nítidos su pasión por la investigación histórica. En horas de cansado trabajo y de sacrificio llevó a cabo el estudio sereno y concienzudo, sobre el problema con Chile. Fruto de su formidable investigación fue su *Alegato del Perú en la cuestión de Límites con Chile, sobre la frontera de Tacna* (1925), y su notable "Réplica a la exposición chilena sobre la frontera norte de Tacna" (2 vols. 1927), que es "una sólida argumentación en torno a uno de los problemas más espinosos de la vida internacional del Perú, en el cual había intervenido ya, años antes, su tío el Canciller Melitón Porras..." También en esa época publicó su "Historia de los límites del Perú", su biografía sobre "José Antonio Barrenechea, su abuelo materno, quien fué un experto en cuestiones internacionales y políticas, erudito, jurista y maestro de juventudes y sobre todo un señor en "el decir y el hacer".

* * *

Su mocedad no fué feliz. El Colegio le dio mucho, amigos, estudios, afanes y metas pero siempre hubo una sombra en su alma juvenil. Un amigo íntimo ha dicho sobre este período de su vida que fué una noble vida infortunada desde su iniciación bajo el signo de la tragedia hasta su fin... y observa

con la realidad palpable, "lo primero que entendió Raúl, lo primero que recordaba, fué el severo duelo de su casa por la muerte del padre en un desafío, el dolor sin consuelo de la madre amantísima, la estrechez y decoro de una pobreza dignamente soportada. Su infancia no conoció más alegrías que el cariño maternal y el gusto prematuro de los libros, cuyo deleite le compensaba la falta de juegos y de risas. Luego, en los albores de la adolescencia, empezarían las visitas constantes a las librerías de viejo, la búsqueda certera de documentos, de obras raras, de ediciones agotadas". Desde esa época comenzó a atesorar el magnífico legado que más tarde dejaría a sus discípulos y a la juventud peruana.

No tuvo como estudiante tampoco las oportunidades que su inteligencia le debieron conquistar. Jamás obtuvo facilidades para sus estudios, ni estímulo alguno, de allí surgió su casi natural rebeldía, que se acentuó a lo largo de su vida. Fué su tema preferido, una como protesta altiva contra la mediocridad y el servilismo. Por eso llegaría tarde a las altas posiciones que otros conquistarían por los caminos de la adulación, porque fué franco y altivo y porque detestó la intriga. En alguna oportunidad se ha dicho —como Unamuno señalara con respecto a España— que el Perú siempre ha sabido desperdiciar a sus hombres valiosos. El mismo Porras se lamentó muchas veces haber llegado tardíamente a posiciones de comando.

Estirpe

Fué de rancia estirpe y en su genealogía hay que buscar todas las facetas de su vida. En efecto, dice Eugenio Montes, los Porras fueron los primeros sevillanos que sintieron el llamado del destino hacia el Occidente, pues "dos de ese linaje se embarcaron en las carabelas colombinas". Con certeza se conoce la presencia de un Porras caminando por el Perú hacia 1621, y como valioso documento de prueba, en las prensas de la época existe la edición de las "Concordancias naturales y medicinales entre ambos mundos" que lleva su firma. Y un opúsculo sobre las advertencias para beber agua con nieve, a pesar de que el clima limeño no sufre ardores caniculares. Montes expresa que el Porras citado por Lope de Vega en el "Laurel de Apolo" fue por línea paterna el ascendiente directo de Raúl Porras.

El mismo Montes señala que los Barrenechea eran de línea éuscara; que dio odores, escribanos, legistas, etc., a todo el Continente, y agrega, "si a todos esos ingredientes de los antepasados se le añade una gota de sangre irlandesa se llegará al gran erudito y diplomático que fue Porras Barrenechea".

Imagen física

Físicamente no varió a través de los años. Más bien bajo, de cabeza bien proporcionada, lo distinguía una frente amplísima, donde los rasgos de los ojos profundamente azules daban una nota especial. Su rostro



sonrosado, jamás perdió su color. Por él podría decirse que era de temperamento sanguíneo. Pero lo más saltante era su mentón, verdaderamente definido, casi prognático, que acentuaba su coraje y decisión. En los momentos culminantes, cuando su oratoria se inflamaba, cuando sus frases tejidas en finos hilos de oro, se convertían en oraciones rotundas, para quienes lo conocían y admiraban, era fácil presentir que una de ellas venía porque el ademán del mentón así lo hacía advertir. En los mejores momentos de su vida, en las horas de tribulación y en cualquier oportunidad que le tocó pronunciar una elocuente pieza oratoria, el mentón inconfundible de Porras. Fué el sello distintivo que conformó el cuadro de la expresión intelectual más alquitarada de uno de los oradores contemporáneos peruanos más significativos.

Su cabellera rubia, más tarde gris, definió siempre el contorno de su cabeza inconfundible. Fué descuidado en el vestir, a la manera del perfecto intelectual y no por simple snobismo. Características de él, fueron la forma de anudarse la corbata y el uso del sombrero, de color plomo con cinta negra, prendas ambas que, cual uniforme de caballero andante, no pueden ser divorciadas de una evocación de su persona. Así se le recordará toda la vida, porque en ellos hubo el sello de la personalidad impresa por él.

Más tarde, no vacilaría en vestir con la rigurosa etiqueta que la profesión de la diplomacia le exigió. Sinembargo, en su apa-

rente descuido se apreciaba una nota de su personalidad. Respecto de las condecoraciones, que recibió muchísimas, y de las que no hizo ostentación, por la sencillez de su carácter fueron para él, un acto de personal e íntima satisfacción. Otro aspecto notable fue su forma de leer, inclinada la cabeza, con uno de los ojos, el derecho más cerca del libro o del documento, quizás con una inadvertencia de algún defecto visual, que le daba un ribete de erudito completo, y que ponía en evidencia la profundidad de sus pensamientos cuando eran desarrollados en alguna explicación de sus doctas lecciones. También sus manos, especialmente sus dedos, tuvieron una característica especial, cuyo corolario era su escritura particularísima, como "patas de mosca", como alguien diría, que encerraban su saber y su ciencia. Prodigiosas eran sus papeletas de estudio e investigación, donde en un pedazo de papel, ínfimo, encerraba su poderosa búsqueda de algún derrotero histórico aprehendido en algún viejo infolio que más tarde se convertía en la página de algún ensayo o libro, con toda la veracidad y versación del autor. Por eso, como recuerdos palmarios de su expresión física, para la posteridad, para los que no lo conocieran, se hizo una máscara de su rostro y la reproducción de su mano, una, para que ese rostro estuviera presente y la otra, para que esa mano fuera contemplada por todos los que fueron y serían sus alumnos permanentes, por que de ella salieron escritos que son antología de la patria.

Vocación

El camino de Porras comenzó por su inclinación a la literatura peruana. Bebió en los satíricos peruanos y ellos lo llevaron a concebir un libro del cual forman parte su trabajo, acerca de Larriwa y su estudio sobre la figura de don Felipe Pardo; después siguió con Palma, sobre quien dejó páginas antológicas. Llegó a la cátedra universitaria. En 1928 se inició en la Facultad de Letras de San Marcos con el dictado del curso sobre Literatura Castellana. Después comenzó a dictar su cátedra de Historia del Perú (Conquista y Colonia); su vocación se definió. Conjuntamente con aquella comenzaría su expresión diplomática.

Su pasión comenzó a delinearse, la enseñanza fué su rotunda consecuencia. Fué maestro por antonomasia, y no distinguió sino el quehacer del alumno, fuera colegial o universitario. Para ellos volcó su esperanza juvenil, su entusiasmo y su amor sin buscar ni siquiera una modesta compensación en el estipendio que por sus memorables lecciones recibiera, en forma magra y casi sin valor alguno.

Su recorrido fué múltiple y polifacético. Colegios como el antiguo Anglo Peruano, la Recoleta, Antonio Raimondi y muchos otros lo contaron como un crédito en su plantel de profesores. La Universidad de San Marcos y, muchos años más tarde, la Católica, se enorgullecieron de tenerlo entre los suyos.

Como en todo intelectual las grandes líneas de su vocación vinieron después de

hondos titubeos, porque su inquietud era muy grande. Cuando el sendero estuvo desbrozado, se lanzó sin que nadie pudiera detenerlo. Allí estaría su decisión concreta: por las sendas de la historia, de la diplomacia, de la docencia. Pero no fue sólo un historiador, un investigador, un profeta o un diplomático, sino eso y mucho más, cuyo único denominador podría ser el del humanista.

Definida su vocación comenzó su tarea que no acabaría sino con su muerte. Enseñó historia, porque a ella lo llevó su más profunda inclinación. Sin vacilación se lanzó en el camino del pasado peruano, no titubeó en proclamarse discípulo de Riva Agüero, del gran peruanista, aunque muchos de sus seguidores, sin apasionamiento alguno, lo proclamaron superior a su maestro.

La enseñanza de la historia

En alguna oportunidad manifestó: "No se puede enseñar sino aquello que tiene para nosotros algo de poesía y de misterio. Tal es para mí la historia peruana y particularmente la historia de la conquista, momento crucial en que se mezclan los dos barro genésicos de nuestra nacionalidad y surge de ellos el alma nueva del Perú". En efecto Porras fué poseído por ese misterio y esa poesía y cumplió su magisterio. Sus alumnos se sentían transportados a épocas pretéritas, casi ignotas, donde siempre el pasado tenía ese velo de lo mágico, de lo irreal, pero al mismo tiempo se sabía, que la presencia de los hechos, de la prueba, de la documentación es-

taban ante los ojos del Maestro. En los capítulos áridos que la misma historia ofrecía, cuando apelaba a la paleografía y exhibía y leía un documento de la conquista o de la colonia, su vocación estaba transfigurada, no solo por eso, sino por la forma de la explicación. El interlocutor sabía que lo que decía no era algo pasado, muerto e inerte, sino parecía que el acontecer estuviera vivo, que no hubieran pasado miles de años sino que todo había ocurrido un día como ayer.

Amor y vocación

En una ocasión, hablando de su misión de profesor de segunda enseñanza y de su persistencia en ella, a pesar de la diversidad de sus estudios e investigaciones y deberes universitarios decía... "conservo intacta mi fé en la nobleza de las tareas de la segunda enseñanza y en la fecunda eficacia de las ideas y sentimientos que se depositan en el alma de los niños cuando en el umbral de la mocedad, empiezan a inquietarse por todo los hondos problemas de la vida y a sentir el acicate del saber o del heroísmo. No, puede haber —no hay a mi juicio— mayor placer ni mayor honra espiritual que ser maestro de segunda enseñanza. Para serlo no bastan diplomas y títulos académicos, son necesarios ante todo amor y vocación".

Para considerar la vocación histórica, firmemente confirmada con su amor a la enseñanza, cabe subrayar lo que expresó en otra ocasión: "Mi experiencia de profesor me dice que no hay laboratorio ni templo que su-

pere a la clase de historia para la forjación del espíritu de la nacionalidad. En la clase de historia patria el silencio se hace solo, sin disciplinas ni castigos, por la sola presencia de la sombras heroicas que surgen del pasado, por el relato que aprieta el corazón de los niños con la emoción del triunfo o la osadía que engrandecen la hora de la abnegación o de la solitaria figura moral que se yergue, contra la barbarie o la fuerza, en defensa de la libertad o del débil. En ese silencio repentino de las clases de historia, en el ejemplo puro que pasa únicamente por la voz del profesor como una fuerza misteriosa y sagrada, está el soplo creador de la nacionalidad. Para vivir la hora futura y póstuma de esa lección lucharon los apóstoles y murieron los héroes. La historia que es "la forma suprema de la simpatía humana", recoge todos aquellos rastros dispersos de una misma luz y en el ambiente lleno de nueva vida y pujanza de la clase, lo hace nuevamente dolor y alegría, angustia, admiración o protesta. En esa comunión entre pasado y presente, entre la niñez y los héroes, se va forjando diariamente la imagen de la patria". Hermosa cita de un discurso a la aspiración de la juventud peruana.

La vocación diplomática

Su otra vocación también estuvo firmemente encaminada. Ingresó desde sus años mozos a la Cancillería y perfiló otro de sus deseos mas íntimos. Afloró su enorme capa-

cidad de investigador, aunque esta se mezcló con su calidad de funcionario en esa época, tuvo la primera mayor fuerza, por eso, su pasión empezó con sus actividades en el Archivo de Límites. En ese departamento, como eje de la política exterior peruana, los problemas de límites y la preparación de sus funcionarios y jefes devendría el éxito en los enfrentamientos de la diplomacia peruana con sus codiciosos vecinos. La trayectoria de V. A. Belaúnde, de Ulloa, de García Salazar, tuvo un auténtico discípulo en Raúl Porras. Fruto de esas horas de sacrificio, con papeles de toda índole, serían los extensos y concienzudos alegatos, memorias, minutas, memoranda, en fin, todo el esfuerzo volcado en provecho de la integridad territorial del Perú. En esas épocas y oportunidades, Porras fué más que el diplomático ideal, la expresión del funcionario de la Cancillería, anónimo pero vigente, que con su tenaz laboriosidad trabajaba para que otros, en las mismas mismas de las negociaciones o a través de las instrucciones solicitadas, pudieran sostener los argumentos de los plenos derechos peruanos.

La orientación de su calidad diplomática estaría entonces dirigida a una de las fases en que el diplomático puede tener expresión, pero que no es la común, porque conlleva en sí la parte más difícil, la labor paciente, el trabajo tesonero, el esfuerzo de investigación, la hondura en la percepción de los datos e informes, la calidad para interpretarlos y darlos a conocer y sobre todo para que otros

puedan hacer uso de ellos, simple y llanamente como voceros. Porras definió entonces su destino en el campo internacional, en la diplomacia en sí, como asesor y consultor, de allí sus cargos —en la Conferencia de Río en 1934, Comisionado para completar la documentación necesaria a la defensa de los derechos del Perú en la Cuestión de límites con el Ecuador, con los documentos que se han incorporado a los archivos españoles, Delegado ante la Liga de las Naciones, Delegado a la Conferencia Perú-ecuatoriana de Washington, Asesor de Relaciones Culturales y Consejero de los Cancilleres hasta su nombramiento como Embajador en España.

Alcanzada la plenipotencia entró de lleno en la diplomacia. En esa otra fase de su vocación, volcó sus conocimientos y su personalidad de hombre capaz y brillante. Fué no solo el investigador y el consejero de Cancillería sino que también fué el diplomático que los manuales y cánones del Servicio Exterior exigen, magnífico negociador, informante excepcional, hospitalario, prudente, diestro, valeroso, con tacto. Sobre todo fué leal con su país, con su carrera, consigo mismo, de allí que tuviera que pasar a la disponibilidad por un incidente donde demostró energía y dignidad, completando lo que un recordado diplomático peruano señalaba del periplo de los hombres de carrera del servicio exterior peruano.

Y culminó también su aspiración como miembro del Servicio Diplomático con el cargo de Canciller de la República.

Historia y Humanismo

Cuando uno se detiene a estudiar la historia peruana a sus verdaderos intérpretes, siempre se tendrá presente al lado de los grandes historiadores como Tello, Riva Agüero, Basadre, Vargas Ugarte y el mismo Luis E. Valcárcel, mezclando vivos con fallecidos, a la indiscutible figura del Maestro Porras, porque para todos fué eso: el Maestro de la Historia Peruana.

Investigador

Tuvo especiales calidades para la investigación histórica y la interpretación de los hechos, que se apreciaron desde sus primeros trabajos. Como bien ha dicho Pucinelli, "A la solera que da la búsqueda tenaz del dato de primera mano y la familiaridad con las fuentes prístinas y directas se suman en el caso de Porras, su formidable intuición histórica, que cala hasta el fondo de los hechos y los reconstruye en su integridad esencial y su sentido riguroso para la crítica del documento que es diseccionado siempre con la segura prolijidad del científico".

Avasallador era su poder de investigador. También era fascinante la comunicabilidad que la tarea significaba para sus discípulos, a los cuales daba verdadero entusiasmo por el tema que era obieto de esa labor. Magistrales por su calidad de extraordinario investigador fueron sus clases sobre "Fuentes", las cuales en otras ocasiones y por otros maestros universitarios, solo suscita-

ban cierta aridez y cansancio, puestas en el curso dado por Porras, entusiasmo y afán de profundidad. De esas magistrales clases saldría quizás la obra más convincente y profunda de Porras. "Fuentes Históricas Peruanas", que compendian toda una vida dedicada a la pasión investigadora, a desentrañar todo el tesoro cultural peruano, donde el fárrago de la enumeración de las fuentes, de la cantidad de citas, de las referencias y textos y de las notas y autores mencionados no hace perder el interés que en un lector común exige porque la prosa, la forma con que se trasmite el contenido del proceso investigador histórico tiene tal altura literaria, que no se sabe si es una pieza de literatura o una severa investigación histórica.

Pensamiento histórico

Para saber de sus conocimientos históricos hay numerosos escritos del Maestro, sean artículos de revistas o referencias a libros a propósito de cuyos temas dejaba deslizar su pensamiento sobre el quehacer histórico y sobre el sentido mismo de la historia. Sin embargo, una conferencia dictada en la Vieja Universidad, que se publicó en un breve libro que él mismo tituló con certeza "Mito, Tradición e Historia del Perú", pone de relieve su interpretación del sentido de la historia peruana.

'Sentimiento histórico' del antiguo peruano

Para Porras, el indio peruano, ya fuera de la costa o de la sierra, en especial el súb-

dito de los Incas, tuvo, "un tradicional instinto, un sentimiento de adhesión a las formas adquiridas, un horror a la mutación y al cambio, un afán de perennidad y de perpetuación del pasado..." No vaciló en señalar en el culto de la Pacarina o en el culto de los muertos o malquis o en la propia huaca ese 'sentimiento histórico' del antiguo peruano.

Al estudiar a los incas advirtió como lo habían hecho otros historiadores, que la tradición estuvo íntimamente ligada a ellos, con la panaca o descendencia de los Incas, y anotó que a semejanza de las instituciones de la nobleza europea, donde se mantenía la legitimidad de los títulos y la pureza de la sangre, dicha institución expresaba cual Orden de Santiago, con sus padrones de nudos y el horror a la bastardía, la continuidad de una élite.

También ese amor al pasado se mostró en los mismos hechos públicos, y citando al Padre Las Casas, anota cómo los funerales de los jefes se hacían en las plazas públicas, donde los túmulos eran rodeados por coros de mujeres o endechaderas que lloraban cantando y relatando las hazañas y virtudes del muerto.

Del mito también tuvo una feliz y acaso completa interpretación para la historia peruana. Al definirlo como "la expresión de un pasado que nunca tuvo presente" ó "el resultado de confusiones del lenguaje", señaló que era fácil descubrir los rastros de la sicología y de la historia de un pueblo creador. En ellos hay que ir a buscar los indicios his-

tóricos. El pueblo peruano los tuvo, y los incas en demasía. No fueron expresiones como en la mayoría de las naciones indígenas de América, concepciones de fatalidad y de catástrofes, sino que en la mitología peruana se encuentra siempre el tono burlón y sonriente de amor a la vida misma.

En la historia incaica cabe también encontrar la versión oficial de los hechos de un pueblo con cultura propia y personal que estuvo traducida en los llamados Hayllis o cantos de la Victoria o loas de batalla. El verdadero cantar histórico que se recitaba en la plaza pública, durante las grandes solemnidades, a las cuales debe juntársele el purucalla o representación mímica de los hechos de los Incas y de sus triunfos guerreros.

De esa descripción de las fuentes, cabe poner de releive un capítulo que muchas veces le sirvió al Maestro Porras para exteriorizar la realidad histórica del pasado del antiguo peruano, cuando en estudios definitivos que realizó, se refirió a los quipus y quilcas, o sea la forma gráfica y material de expresarse para su tiempo y para su futuro con ese sistema nemotécnico, que fué en cierto modo, una forma de perpetuación histórica.

La importancia de la crónicas

Al lado de la expresión de la historia incaica, supo darnos la interpretación de la historia peruana, cuya esencia y raíz la señaló en la crónica, que definió en síntesis admi-

nable como "un género vernáculo que brota de la tierra y de la historia". Comenzó a atisbar la visión del pasado peruano, ingresando por los caminos de la crónica, buscando en sus autores, los cronistas, los verdaderos forjadores de la historia peruana. Señaló a los cronistas primitivos, a los cuales siguió en todo su derrotero, buscando sus huellas, encontrando con verdadera paciencia y tesón sus obras y relatos y descubriendo para el presente y futuro el auténtico legado que habían dejado. Calificó una forma de crónica, para la América descubierta por Colón, que llamó con justeza, Crónica Indiana, no vacilando en anotar que "si la crónica se escribe generalmente en España, en loor del príncipe, al trasplantarse a América se populariza y reclamará por boca de Bernal Díaz del Castillo, contra la gloria exclusiva del Capitán, pidiendo que se incluya en la gesta los nombres de los soldados al lado del jefe de la hueste. La crónica indiana trasciende, pues, un espíritu individualista y democrático.

Clasificación de las crónicas

Su primera clasificación será de orden general, nos hablará de la crónica soldadesca y de la crónica oficial y nos dará las primeras connotaciones de una interpretación notable de este género histórico, valedero para la investigación de las fuentes de la historia peruana misma. El primer historiador

con nombre de tal, será el cronista soldado, el que solo apunta escuetamente los hechos, sin comentario ni reflexión. Tendrá, como lo observó en muchos ensayos, la lealtad al Rey, la repulsión al demonio, la invencibilidad de los españoles, la mendacidad de los indios, el castigo divino de los que ofenden a Dios. De esta primera referencia y de los estudios posteriores de este género saldrá en definitiva su proyección de la historia peruana.

Su clasificación, ahora clásica en los estudios historiográficos, está citada al lado de la del peruanista Louis Baudin, pero con más hondura y justeza. No otra cosa podría ser por la precisión metódica y por sus alcances. Junto con los cronistas primitivos, vienen los de la conquista, de las guerras civiles, y del incario, a quienes mas tarde, les asignará las categorías de pre-toledanos, toledanos y post-toledanos, para finalmente hablarnos de los cronistas del Siglo XVII, civiles o conventuales.

La clasificación tuvo su corolario en la explicación dada por el Maestro en el aula universitaria. Con facilidad en el lenguaje, con la riqueza de ideas, con los giros idiomáticos empleados y la rotundidad en la afirmación, puede convenirse en esta afirmación suya: "Historia, Geografía, Ciencia de la Naturaleza, lenguaje y alma del primitivo Perú, hay que aprenderlos, pues, en las obras de los cronistas del siglo XVI. Ellos son los verdaderos forjadores de la cultura mestiza y original del Perú".

tos, crónicas y libros famosos. De allí surgirán para el diálogo con el estudioso, el Padre Calancha, Fray Juan Meléndez, Córdoba y Salinas y tantos otros. También habrá algunos civiles que con sus obras serias y especializadas darán la idea del contorno histórico de la época. Tal tiene que ser la referencia a Juan de Solórzano y Pereyra y Pedro de Peralta y Barnuevo, para concluir con una merecida referencia al Mercurio Peruano, cátedra de nacionalismo.

Cuando se refiere al siglo XIX, nos dice que en sus comienzos no hay historia. En esos días no se escribe la historia, sino se la hace y vive con ella. Sólo una cita a Riva Agüero y a Francico Javier Mariátegui. Según los documentos, que en forma de colección guardaron celosamente los informes sobre lo concerniente a la guerra de la independencia, hasta que aparecieron los esfuerzos de síntesis del pasado histórico peruano, no por esfuerzo de los propios peruanos sino por extranjeros, como la historia de Sebastián Lorente. La cita alcanza también a la magnífica obra de W. Prescott para vincularla con el esfuerzo encomiable y admirable del General Manuel de Mendiburru, con su Diccionario Histórico-biográfico. Le concede un sitio a Palma, y un lugar no sólo en el campo literario como siempre se le otorgó, sino como observó el Maestro: "Sin proponérselo, Palma, hombre del pueblo, pegado a los pechos de la República, liberal y anticlerical convicto y confeso, ha trazado intuitivamente la mejor historia colonial. Para escri-

birla tuvo que leer las viejas crónicas de la conquista, las crónicas conventuales, los procesos de la Inquisición y otros manuscritos ciertos o imaginarios, al estudiar las fuentes de que se sirvió, se comprueba que es cierto el hecho típico que recoge, aunque no respete la cronología, cambie los hombres y aderece y retoque el manuscrito original".

En el siglo XX, el discurso de Javier Prado planta el primer hito, al que seguirá la historia peruana de Riva Agüero, marcando uno de los más "profundos y decisivos movimientos nacionalistas de la cultura peruana".

Citación especial le va a merecer su maestro Carlos Wiesse y Nemesio Vargas, Haciendo un paréntesis anotará una referencia arqueológica y aunque vengan a su mente los arqueólogos alemanes, franceses y norteamericanos y otros más, no vacilará en hacer el elogio preciso de Julio C. Tello, el tar-puntae o sacerdote indio, nutrido de antropología y de técnica arqueológica de Harvard y de Berlín.

Tarea de investigación de la Universidad

Observó finalmente que la Universidad es depositaria de un enorme quehacer histórico, que debe volcarse en propender al desarrollo de las disciplinas históricas con verdadera rigurosidad. Anotó a ese respecto que: "nuestro panorama histórico ofrece la riqueza de un pasado peruano, en contraposición con la penuria de la investigación y la carencia de obras de síntesis que abarquen

el contenido de nuestra historia". Con gran verdad añadió, en más de una oportunidad, que no había una sola historia general del Perú que comprenda las tres grandes épocas de nuestro pasado con una visión panorámica. Es preciso señalar que "el sino histórico peruano parece ser, desde los tiempos prehispánicos, la falta de una fuerte cohesión y el fragmentarismo"

Reconoció la urgente necesidad de lograr una producción historiográfica plena, siendo la escasez la nota evidente. No cesó de puntualizar, coincidiendo con Riva Agüero, Vargas Ugarte, Lohmann y Tauro, que el quehacer histórico era abundante en otros países americanos, con menor historia que mostrar y que investigadores extranjeros interesados en la realidad nuestra, habrían cristalizado estudios sobre las diversas épocas, en forma casi definitiva, como Markham y Baudin sobre los Incas, Prescott, sobre la conquista y los historiadores chilenos y argentinos como Vicuña Mackenna, Bulnes y Mitre sobre la Emancipación. Tiene explicación lo anteriormente anotado como lo observó, la leyenda de la riqueza y la opulencia del Perú, su posición en América como país de encrucijada y "con destino centralizador de núcleo".

Los avatares de su vida pública lo apartarían en más de una ocasión de su preocupación histórica y la producción de su obra definitiva. Buscó, sin embargo, despertar vocaciones por la investigación, especialmente en sus magistrales clases en la Universidad. Quería contagiar a los jóvenes de la pasión

de que era poseído, a saber, la investigación misma y la posterior tarea de síntesis, para lograr una integral Historia del Perú.

Puntualizó que la investigación histórica en el Perú tenía una tarea muy ardua por delante: — "Urge, — expresaba — desenterrar las fuentes abandonadas u ocultas, y discriminar científicamente su verosimilitud, autenticidad e importancia. No debe perderse de vista el apotegma histórico de que sin documentos no hay historia, y, sin esclarecimiento de los hechos, no caben interpretaciones ni síntesis".

Sentido unitario de la Historia del Perú

La historia, pasión principal del mediodía de su vida, le sirvió para hondas reflexiones. Al dirigirse a los futuros estudiosos de nuestro pasado histórico, a quienes pedía esfuerzo y preocupación, así como sinceridad, no dejaba de mostrarles el camino: "Pero la labor cardinal es la de unificar el criterio de nuestros historiadores en la interpretación del pasado peruano, haciendo desaparecer de ella todas las tendencias disociadores que impliquen parcialidad o exclusivismo, con un amplio sentido de comprensión y de tolerancia, de aceptación de todos los legados anímicos y culturales de nuestra historia, sin prevenciones ni resentimientos, sin espíritu cantonal, con ese sentido unitario que preside toda la historia del Perú desde la época incaica, en que los dioses de los pueblos vencidos eran incorporados y venerados en el Templo del Sol, en el Cuzco, o en el de

la época hispánica en que la voz cristiana de los teólogos de Salamanca pregonó el derecho de gentes y la igualdad de todos los hombres y naciones, y con el sentido continental de nuestra vida republicana, ansiosa de solidaridad y armonía. Entonces se verá que todo el proceso de la Historia del Perú, disgregado por la geografía y diversificado por los disímiles irrupciones etnográficas no es sino una dramática y angustiosa lucha del Espíritu contra la Naturaleza, en un incesante afán de fusión y de síntesis”.

Larga la cita, pero valedera, porque la comprensión del pensamiento historiográfico del Maestro significa la glosa a la exposición donde solo falta la presencia vital.

Su mensaje múltiple

No cabe detenerse tampoco en el historiador. Para la gran mayoría de los que lo conocieron, solamente podría dársele esta identificación, porque se fué el único contacto trascendente que tenía con ese gran público, sus publicaciones a través de los periódicos, o en folletos y libros, siempre con la sensación de la divulgación, del afán de hacer llegar sus conocimientos e investigaciones a todos, para que sus afanes no se quedaran en el egoísmo de su propio ser, ni de su círculo de discípulos, sino que trascendiera a los más, porque intuía que su destino era llegar a ese gran número de personas ávidas de información que, aunque anónimas sabía aquilatar el valor del intelecto.

También ha sido llamado un escritor clásico, que no quiso pasar ni dar la sensa-

ción de un especialista sino todo lo contrario. Así fué el gran humanista peruano que compartió su cultura, sus conocimientos, sus mismos pesares con los que se acercaron a su persona. Trasmitió su amor a la vida, mezcla de pasión por las letras, la tradición y la vida cotidiana. Al lado de aquello, con sentido profundo por el espíritu no dejó de expresar su inclinación a lo trascendente, porque su espíritu universal estuvo lleno de fraternidad internacional, de amor al ser humano, sin ninguna distinción, lo que cabe calificar como una expresión del humanismo, que carece de fronteras, que solo se dá como privilegio en la especie humana a los que la Providencia les ha señalado un camino singular en la vida terrena. Al decir en la palabra justa de Jorge Llosa, “su figura espiritual evoca un paralelo con la de Miguel de Montaigne. Como él, cultivó con secreto deleite a los clásicos, prefirió el género ensayístico y breve, moró en torre de papel —al igual que el señor del castillo bordalés— y exhibió ante las cuestiones trascendentales de la religión y de la filosofía el mismo escepticismo mundano y complaciente”.

Su amor por la cultura fué por eso, una de las notas más características que resaltan a través de su obra y de su vida. Se imaginó el mundo como lo pensó y muchas veces tropezó con esa realidad descarnada que la vida misma le puso delante, de allí su rebeldía que muchos creían era expresión de amargura y desencanto que no era sino la propia concepción del mundo que se había formado, y pese a su profunda interpretación históri-

ca de los hechos, del conocimiento que tenía del pasado, su instinto romántico lo llegó a traicionar muchas veces y a tomar decisiones de todo orden que, aunque lo sacaron de su posición firme de gran especialista, que lo era en el campo historiográfico, lo hacen completamente real y humano.

También fué severo consigo mismo, en lo que respecta a la investigación de ese pasado, acucioso y tenaz en lo que debía ser la interpretación documental de un ayer que era la realidad reconstruída. Era indulgente con la posición que podía asumirse y transmitirse, sobre todo con la conclusión, porque en el fondo su espíritu universal lo llevaba al culto de las ideas, con un ritmo verdaderamente impresionante volcado en las más hermosas figuras e imágenes.

Mas de uno, ha recordado como explicación que la vocación primigenia de Porras fué la literatura, de allí no solamente su conocimiento profundo del idioma sino su visión estética, el amor a la expresión justa y al mismo tiempo bella. Sus escritos no tienen la frialdad de los historiadores que sólo resuman verdad y realidad dentro de la documentación y la referencia justa, sino que al lado de todo ello, se encuentra cadencia en el decir, hermosura en las oraciones construídas, ritmo melodioso en las frases, que admirablemente mecían al oyente, como deleite de un concierto que ha permanecido grabado en los espíritus que recibieron su mensaje.

Fué justo en el hablar, como complemento de lo expresado, porque no solamente se

asistía, por la seguridad de lo que manifestaba, por las expresiones cabales de sus escritos e investigaciones, por que todo eso y mucho más podía señalarse, sino que, como un agregado, consustancial con lo anotado, fué la forma de decirlo, el tono, la manera, el gesto, la entonación, la mímica misma, los propios apuntes, las páginas cortas, fáciles de manejar. Todo ello, complementando la figura del perfecto humanista. Por eso, como el mismo Llosa lo señala, "Porras paladeaba su propia prosa en la lectura cadenciosa, de inconfundible timbre de voz, de sonoridad castellana, tal como si fueren los propios cronistas los que hablaran por su boca".

Idea de Dios

Como colofón de su sentir humanístico cabe hacer una referencia a Dios, tan personal en el Maestro Porras, que a la usanza castellana no dejó de creer en ese Ser Supremo, a la vez justiciero y misericordioso, al que cabe también decidir el castigo de sus criaturas.. No fué un dogmático, ni tampoco un practicante, más bien, sus lecturas, sus paseos europeos, su amor a lo francés, su gusto por sus clásicos, su conocimiento de Renán y Anatole France, en cierto momento, lo llevó a una interpretación singular, a una propia filosofía si cabe aceptarla. Sin embargo, la primera simiente recibida en el colegio religioso en su juventud, no le hizo perder su instinto por la inmortalidad y la justicia eterna y el cariño de una madre amorosa, siempre lo mantuvo en el justo límite de

la trascendencia del espíritu humano dentro de este mundo que es finito pero que tiene un destino en el más allá. No discutió nunca posiciones extremas en materia religiosa o del espíritu y respetó la de los demás. En esta materia exigió muchas veces y tácitamente, que se respetara también su posición personal y su actitud. Creyente fué a su manera, tuvo fé en Dios, en los hombres de quienes nada recibió y en el espíritu.

Pizarro

Su diálogo permanente con el descubridor y conquistador del Perú, es quizás el sello más expresivo de su vida de historiador e investigador. A través del tiempo, de los años, se convirtió en su clan vital, en su expresión más contundente y substancial porque sus desvelos y pesquisas en busca de los derroteros del gran Capitán, no solo significaron para su deseo de dar a la posteridad, con mayor acuciosidad y vergüenza, una completa biografía de don Francisco Pizarro sino como tiene y debe juzgársele, la verdadera interpretación de la historia peruana, a lo largo de la Historia de la Conquista del Perú, de su principal y decidido autor.

Los caminos que siguió en sus investigaciones, en los Archivos de Indias, en los viejos infolios hurgados por multitud de eruditos, donde el genio de buscador de antigüedades y su capacidad única para desenrañar antiguallas le dió los derroteros para sus felices y cabales descubrimientos.

La verdadera relación de la conquista del Perú, de sus reales autores, los cronistas,

comenzaron a surgir de esas prolijas investigaciones y aunque autores consagrados del siglo 19 y de comienzos del presente habían dado obras de clara profundidad e interés sobre el pasado peruano, especialmente sobre esa etapa decisiva en la historiografía peruana, la Conquista, el gran público y los especialistas, solo comenzaron a sentir como una realidad, con sentido universal, la presencia de ese acontecimiento histórico, por los escritos de Porras Barrenechea.

La familiaridad con los relatos de la conquista y sus autores, cuyos nombres y apellidos fueron siendo cada vez más conocidos, en los artículos de información y divulgación del autor, en revistas como en la prensa, cautivaron al público lector, dándole conciencia que la historia peruana tenía un desarrollo y un camino que hasta ese momento no había sido señalado por anteriores historiadores e investigadores, que ahora, con la presencia de Porras se develaba con tan clara realidad.

Cuando empieza a dar informaciones de sus estudios sobre los hechos de los cronistas de la conquista y anuncia su intención de publicar una Colección de Documentos de la conquista del Perú, la cual acepta la de Prescott y otros autores, pero recoge la de autores españoles, argentinos, chilenos, norteamericanos y peruanos, sobrepasa el hito que señaló el historiador norteamericano.

Allí comienza su empeño cristalizado en la iniciación de una colección de documentos titulada "Cuadernos de la Historia del Perú", y las "Relaciones Primitivas de la

Conquista del Perú". Tales tareas les llevó a cabo por los años de 1936 y 1937. Después vino el "Testamento de Pizarro" y "Las Relaciones Primitivas de la Conquista del Perú" en época muy reciente a la anterior, para posteriormente publicar bajo el auspicio del Ministerio de Relaciones Exteriores, en dos tomos, una "Colección de Documentos Inéditos para la Historia del Perú" que comprendió el "Cedulario del Perú del Siglo XVI", Tomo I, años 1519 a 1524 y el Tomo II, del mismo Cedulario, años 1534-1538. No se continuó la publicación y así yace inédita hasta ahora por falta de fondos.

No escatimó esfuerzos para sus investigaciones y fruto de ellas fueron la publicación de las "Cartas del Perú", documentos inapreciables para la formación del juicio histórico del momento decisivo de la conquista. Como ha dicho Bauer, "son las cédulas originarias del periodismo. Como documentos históricos, son ambivalentes: son fuente publicista destinada a influir sobre vastos círculos de opinión en una época sin periódicos, contienen versiones antagónicas que hay que confrontar y tienen a la vez, el carácter intimista de una revelación confidencial o autobiográfica".

Aparte de esa principalísima función señalada por Bauer, el mismo Porrás dijo de ellas que las cartas han permitido la reconstrucción histórica de ese período capital de la historia peruana. Por ellas se rescata por momentos la intimidad del conquistador, constreñida por la impersonalidad de los do-

cumentos oficiales. "Bajo de la coraza y del yelmo asoman el hijo o el hermano amoroso, el padre de familia o el esposo fiel y abnegado, el hombre de su siglo, con sus aspiraciones de fama, honra o riqueza, sus angustias y necesidades cotidianas y particularmente con su nostalgia de la tierra y del hogar distante.

Más que las diatribas de la historiografía setecentista contra el conquistador español, hablan estas cartas de la humanidad adolorida y tremante de las exploraciones en la jungla americana ignota y hostil. Hablan en esas cartas, no el capitán ávido de poder y de oro, ahito de codicia y crueldad, sino el soldado trashumante y haraposo y el desfalleciente prisionero víctima de las hostilidades de la selva o del hambre".

Esta referencia necesaria tiene el hondo significado de poner de relieve al autor dentro de su pensamiento histórico, de sus esfuerzos por las noticias sobre el Perú y su pasado, y por el personaje de esa historia peruana de la época que hurgó con tanta sapiencia. Las "Cartas de Pizarro", esbozan por primera vez, en relación con su autor e investigador, la primera huella del camino que trazaba en su búsqueda de la realidad peruana.

Pizarro sería su tema, su gran tema, aunque no llegara, cual melodía inconclusa a culminarla totalmente no por el prurito del perfeccionista sino porque la información era de tal magnitud y la investigación similar que no cesó en todo momento de buscarla hasta

sus detalles mas nimios, para que cabal y concienzudamente dieran la expresión correcta y suficiente del descubridor y conquistador del Perú.

"Pizarro el fundador"

Por eso surge como colofón necesario su visión del Perú por su gran personaje, Pizarro y su tarea biográfica. Aparece en el título pergeñado: "Pizarro el fundador".

Pone con su pluma la expresión del descubridor, como el arquetipo español, heroico, ambicioso y anárquico, la figura más arrogante de la conquista de América, señalando en párrafo admirable: "No hay quien más a tono supiera acordar la vida con la muerte. Hombre de acción, sobre todo, que vivió continuamente en obra, destruyendo o creando, pero en perpetua actividad, sin conocer jamás el reposo absoluto ni el ocio. Y como hombre de acción, espíritu sin amarras ni raíces sentimentales, presto a desligarse de todo, sin más perspectivas que las del futuro, sin mirar nunca atrás en la propia vida, en la de los otros, fugitivo de sí mismo y de toda la intimidad asentadora. Y por eso su inquietud de crear y su falta de compromiso con el pasado. A los 46 años, mirando solo adelante, emprende la conquista del Perú, a los 57 inicia la fundación de Lima. Impetu sin descanso".

Si su calificación del arquetipo español lo mostró Porras, en la figura del conquistador Pizarro, cabe relieves su magnífica comparación que hace de los dos capitanes de la Conquista Americana.

La conquista de México, fué para nuestro historiador, un rapto de audacia, un revés momentáneo y un empuje triunfal; la del Perú, un lento calvario, una odisea sin sirenas, un trágico castigo en un infierno de fango y de plagas del Trópico. Pizarro, paciente, abnegado, silencioso, pudo triunfar en tal empresa, Cortés, brillante, acometivo, locuaz, centella de la guerra, hubiera escollado en ella.

Señala que Cortés concibió la conquista del Trópico como un toque de fanfarrias. Es la conquista con música. En cambio el solitario de la Isla del Gallo no llevó nunca cocineros ni timbales; la selva le había enseñado el sabor viscoso de las culebras, el silbido del viento y los gritos de los caimanes; monos y papagayos eran su único arrullo. No en balde se ha mostrado que los soldados de Cortés susurraban que hay provisiones de gallina y de miel reservada para el Jefe, mientras que Pizarro es el primero en las privaciones y un camarada de sufrimiento de sus soldados.

En todas las comparaciones siempre existe los pro y los contra; en la de los grandes conquistadores de América, Pizarro aparece con toda nitidez por un grande rasgo, que Porras pone en evidencia singular: la del tesón para resistir la intervención real. Dice Porras que: "Casi todos los conquistadores fueron despojados por la corona del fruto de sus conquistas y la autoridad se les escapa tarde o temprano de las manos". Pizarro rechaza comisionados y pesquisidores y reclama altaneramente del Rey el cumpli-

miento de sus promesas y el respeto de sus hazañas. A Cortés le arrebatan el mando, le obligan a ceder su palacio para la Audiencia y a hacer vida de solicitante en España. A Benalcázar le nombran por superior jerárquico a un antiguo subordinado y Gonzalo Jiménez de Quesada tiene que retirarse a Suesca a escribir en ratos perdidos sus quejas y recuerdos. Pizarro no admite las mojigangas residenciales del Obispo Berlanga y lo despide con buenas maneras a Panamá. Pero Pizarro hubiera decapitado al traidor a su jefe, como a un traidor del Rey, como hizo con Almagro; no se hubiera dejado empalear por un oidor de pacotilla como el que condenó a muerte a Benalcázar, ni hubiera aceptado como Jiménez de Quesada una triste pieza de regidor en ninguna de las ciudades por él fundadas. "O Gobernador o muerto", tal es su dilema. "Primero perderé la vida que dejar de ser restituído en lo que tengo ocupado", responde cuando le sugieren entregar parte de su gobernación a Almagro. Había luchado únicamente por el poder y nadie será capaz de quitarle el despótico derecho de mandar. Con el acero en la mano moriría defendiendo su único e incompatible tesoro".

Donde el enfoque llega a la posición justa en la valoración del personaje, en su enfrentamiento contra el proceso histórico adulterado es, en su comparación de Pizarro y Atahualpa. No vacila en decir que la comparación ha significado el capítulo más sensible para historiadores criollos y sajones,

acumulándose contra la figura del conquistador los calificativos más duros y a la vez más altisonantes, pero sin que el sereno juicio de los que realizan el quehacer histórico, de los más grandes como Prescott, se hayan dejado llevar por una expresión entre muchas, tal como decir que Pizarro escribió una de las páginas más negras de la historia de la colonia española.

No vacila en anotar que Pizarro tendió una celada a Atahualpa en Cajamarca, pero puntualiza que sólo la astucia era la única arma que poseía porque solo había 168 hombres contra cincuenta mil. "En Cajamarca la lucha es igual por ambas partes: astucia contra astucia, celada contra celada." No hay que dejar de lado que el propio Inca tenía su información correcta, que esos extraños huéspedes de su Imperio eran una partida miserable de barbudos, muertos de hambre que venían arrastrando unos exóticos carneros y unos instrumentos que echaban fuego por la boca.

Al situar en su posición justa la verdad histórica de lo que real y ciertamente sucedió, dejó establecido según un testimonio curioso e inédito, que el Inca, aconsejado por un espía que había seguido a los españoles en su marcha por los cordilleras, pensaba matar a todos los españoles, menos a tres: el herrero, el barbero, "que hacía jóvenes a los viejos" y a Hernán Sánchez Morillo que era un gran volteador. Y añade Porras: "Parece la respuesta a una encuesta curiosa" ¿qué hubieran deseado los Incas del Perú si se les

hubiera dado a escoger, como en un cuento, tres cosas de la civilización occidental? He aquí la respuesta: el hierro, oscura aspiración de una raza que no había sobrepasado la edad del bronce; el arte de rejuvenecer encarnado en el maestro Francisco López, a quien Atahualpa hubiera hecho general como Huayna Cápac hizo a Quisquis su barbero y, por último, reclamo subconciente del espíritu defensivo, el poseedor del secreto con el cual se desbarataba a los caballos, esos monstruos terribles, a la mitad de su trágica carrera. El herrero, el barbero, el volteador, he allí las tres elecciones del espíritu incaico: trabajo, juego y belleza como en una síntesis helénica.

De su análisis de la figura del conquistador cabe seguir el pensamiento de Porras en lo que él justamente llamó la peruanidad del Capitán de la Conquista peruana. Lo expresó al decir que no cabe escatimar admiración a Pizarro y por presuntos resentimientos nacionalistas. Muchos son los títulos que cabría señalar para darle un lugar de preeminencia en la historia peruana, no sólo como uno de sus forjadores sino como uno de sus esenciales creadores. El Perú tuvo ese nombre por su actitud decidida. Por ella ingresaría en la leyenda y en la cultura universal. Fué el autor del contorno del espacio peruano y también de su espíritu, éste último encarnado en la religión y en la lengua. Fué el verdadero modelador de la figura geográfica del actual Perú, por su sensibilidad y su inspiración. "El descubrió en sus viajes desde Panamá hasta Chíncha toda la costa occi-

dental de la América del Sur entonces conocida. Pero cuando se trató de indicar al Rey los límites de su gobernación pidió únicamente que se le señalase desde el río Santiago hasta Chíncha. En Coaque, en Puerto Viejo, en Santa Elena, en la Puna pudo haber dado comienzo a la colonización, pero es sólo cuando llega a Tumbes que inicia su obra civilizadora. Y es que en Tumbes comienza la sensibilidad del Perú. El primer Ayuntamiento y la primera fortaleza que debían fundarse en el Perú, según la capitulación de Toledo, estuvieron en Tumbes. El Perú mismo era llamado en los documentos primitivos "la provincia de Tumbes". Pizarro, que no en vano había recibido la primera prueba palpable del Perú frente a la balsa de tumbesinos, fijó en ese punto los hitos perdurables de su gobernación. El último año de su gobierno, en una carta inédita dirigida al Rey y que encontraron los almagristas entre sus papeles el día de su muerte, le decía que ya que querían cortarle las 270 leguas de su gobernación, quitándole el sur del Perú, se formasen dos gobernaciones, una que comprendiese desde el río Santiago hasta Guayaquil y otra al sur que sería la suya, desde San Miguel —en cuyos términos caían Tumbes, encomienda de Hernando Pizarro— "hasta los confines no toman principio los despoblados de Chile". He allí trazado, en 1541, el Perú que habría de prevalecer en la historia".

Agrega Porras que la visión completa de ese Perú que amamos actualmente la tuvo el propio Pizarro en la batalla de las Salinas, cuando derrotó a los almagristas y su premio

como trofeo de guerra fué el Cuzco, porque esta ciudad, Arequipa y el Lago resultaron así peruanos y hubieran podido ser extranjeros.

Otra de sus notas, observa desusada en él, es su respuesta al Obispo Berlanga cuando le pregunta por los límites de su gobernación: "hasta Magallanes", responde, y en otra oportunidad, con desacostumbrada altanería en él, "hasta Flandes".

Donde se encuentra otro de los rasgos de esa intuición magnífica, que Porras descubre, refiere la actitud de Pizarro hacia el Rey. En su carta dirigida el 15 de junio de 1540, escrita once días antes de su muerte, expresa con fervor su querer de peruano. En ella, cita el maestro Porras que Pizarro dijo: "si me quita las Charcas y Arequipa que es todo lo mejor de esta Gobernación". Y añadió con la certera visión del Perú, que si eso ocurriera "será solo un gobernador de arenales". "Yo me espanto, que ceguedad es esta tan grande proveer tal cosa pues es imposible gobernarse ésta con Quito y Charcas y Arequipa con Chile". "Y si el Rey no revocase la medida, atendiendo a sus servicios y méritos, "será causa que me queje a Dios y al mundo de tan grande agravio".

Penetrando en la razón de ser del destino peruano, observa que Pizarro cumplió con su promesa defendiendo su gobernación de extrañas fuerzas con su vida misma, como en múltiples oportunidades lo había ofrecido. En verdad, "La guerra de las Salinas fué la primera guerra del Pacífico" Pizarro, que

murió asesinado en su palacio por los de Chile, por no querer entregar su gobernación, murió, en realidad por defender la integridad del territorio peruano. No solo este aspecto debe enjuiciarse sino que tuvo la intuición de mirar hacia la selva peruana. Desde el Cuzco envió sucesivamente expediciones que ingresaron por todos sus costados y afirmaron la presencia peruana en la Amazonía. "La espada de Pizarro —anota con todo acierto— marcó así a tajos de hazaña, sobre los esteros de Tumbes, en las selvas de Jaén y de Moyobamba, en el arenal sureño y en la cinta de luz de los ríos amazónicos, los intangibles linderos del Perú".

Y allí no puede quedar su labor de peruanidad, sino que siguiendo las normas de la igualdad humana, que es la verdadera expresión de todas las razas y que solo el pueblo español y el portugués la realizaron, propugnó la fusión étnica de los dos pueblos. Porras observa que "continuando su obra de fundador, felizmente secundada por la vida, procreó cuatro vástagos mestizos, únicos descendientes suyos que fundieron en el amor la sangre de Extremadura y de los Incas".

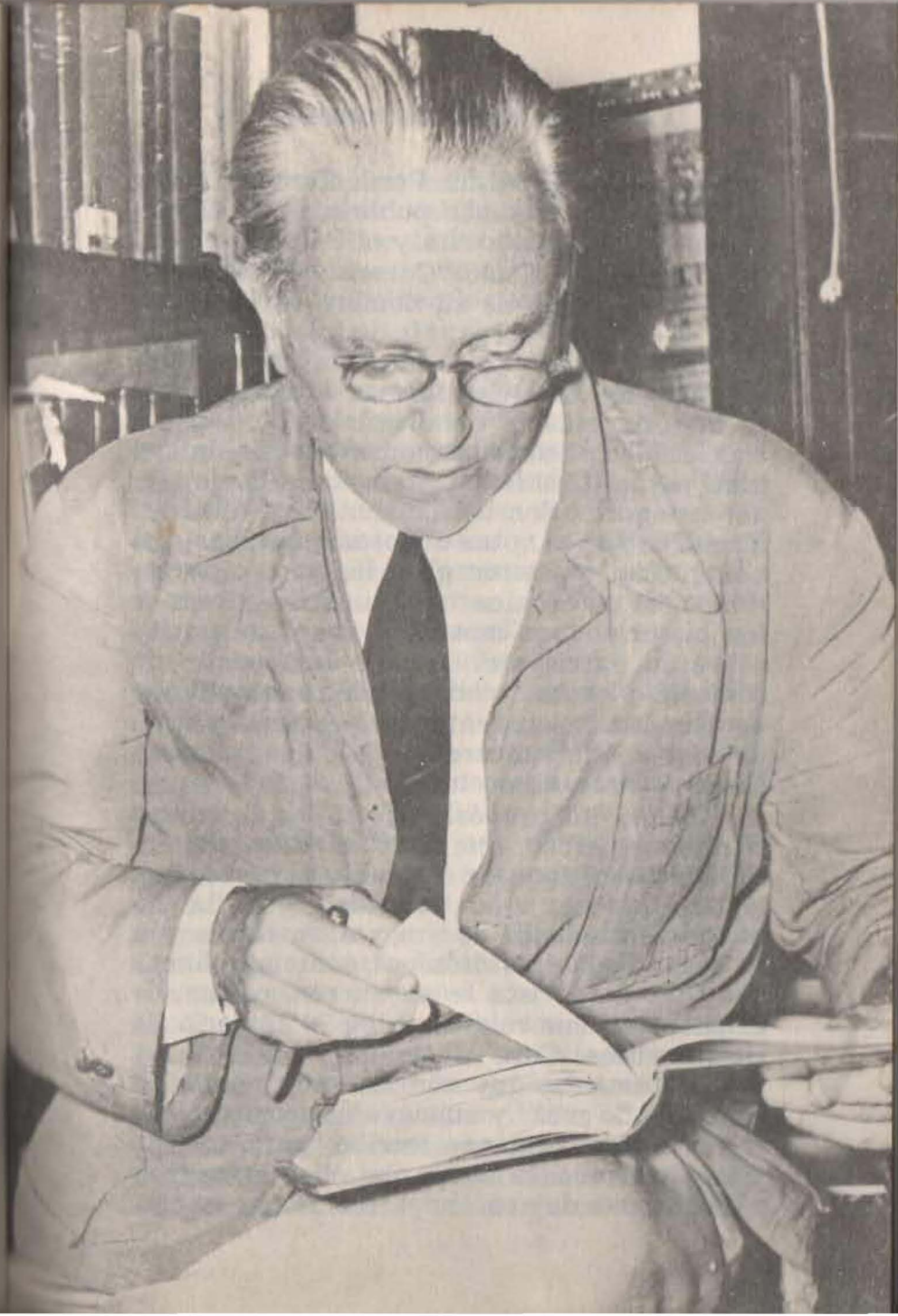
No solo no debemos quedarnos en el Perú, también su obra trascendió a todo el continente, fué el fundador de veinte ciudades, en los Andes y en la costa del Pacífico y como fuerza final de su pensamiento por el conquistador, en su célebre discurso de incorporación ante la Academia Peruana Correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua, expresó: Ha fundado la más ar-

mónica constelación de pueblos que enaltecen la historia de la solidaridad humana. Ha creado el milagro hispánico de la América del Sur que aún reza a Jesucristo y aún habla en español”.

Todas estas citas, la forma de decirles y escribirlas no nos conduce al panegirista de un personaje ni a la exaltada actitud en las formas de una persona, principalísima en un momento histórico determinado, sino que la riqueza del pensamiento, la forma de la expresión, la justeza de los vocablos, y sobre todo los giros y las figuras de expresión, son un canto al sentir de todos los peruanos y una gran verdad granítica, que el tiempo y las circunstancias no podrán borrar jamás. La mejor lección y el mejor enfoque de la historia patria están en esos párrafos absolutos, logrados por el Maestro Porras, en las páginas más brillantes escritas sobre el gran personaje de la historia peruana.

Garcilaso

Un personaje definitivo de su alucinante pluma fué el primer mestizo e historiador, el Inca Garcilaso de la Vega, a quien ubicó en su célebre clasificación de los cronistas, como post-toledano. Con evidente simpatía, sus frases para el Inca Garcilaso fueron siempre llenas de color. De él nos dijo que escribió a los sesenta años, venciendo su timidez nativa y su complejo de inferioridad social. Para escribir su historia solo utilizó sus recuerdos y los que le transmitieron sus parientes maternos, así como las cartas de sus ami-



gos y compañeros del Perú. También tuvo en cuenta las crónicas publicadas de Gómara, de Zárate, de Acosta y el Palentino.

Su obra la tituló "Comentarios Reales", pero la adopción de su nombre revela como bien lo anota Porras, "la índole tímida del cronista y su propósito humilde". No en balde entre las diversas formas históricas que la historia clásica tiene señaladas, —historias, anales, memorias, comentarios— la elegida por el Cronista Garcilaso es la de menor categoría. Son los Comentarios, añade el Maestro, breves notas o glosas a noticias ajenas que no requieren gran ingenio ni preparación, en su crónica "se limitará a glosar a los historiadores españoles que han escrito sobre su patria sirviéndoles únicamente de comento y glosa, corrigiendo o ampliando por su desconocimiento de la lengua y añadiendo, donde hubiere falta, "que algunas cosas dejaron de decir".

Existe un propósito oculto y al mismo tiempo generoso que llevó al Inca, pese a su timidez, a abordar el género histórico que lo hizo ingresar a la posteridad, y lo fué su hondo sentimiento de amor a su tierra y a su raza. Todas las crónicas contemporáneas que tuvo a su vista le parecieron cortas de alcances en sus relatos sobre el Imperio de sus mayores. Cita, diciendo: "Escríbenlas tan cortamente, que aún las muy notorias las entiendo mal" y subraya el propósito del cronista al señalar que escribe "para aclarar y ampliar muchas cosas que ellos asomaron a decir y las dejaron imperfectas por haber-

les faltado relación entera". También añade, siguiendo el relato del Inca, que es injusto todo lo que se dice de los conquistadores, los juicios de la mayoría de ellos son incomprensivos porque no miden los esfuerzos y las penalidades que pasaron y porque tampoco no respetan sus esfuerzos ni sus hazañas. Revela su indignación contra Gómara por las cosas que refiere contra Pizarro y lo mismo habla del Palentino que "infamó la memoria de su padre, atribuyéndole deslealtad al Rey". Por eso, "para relatar tales como él los siente el Imperio de los Incas y la conquista española escribe sus Comentarios pero sobre todo, "para dar a conocer al Universo nuestra patria, gente y nación".

Cuando analiza la figura del Cronista Inca nos pinta ese dualismo de su alma y las inquietudes que albergó su espíritu. En su juventud, en el Cuzco, cuando se convertía en un experto jinete ante el asombro de sus parientes indios, cuando los increpaba duramente por haberse dejado derrotar por un puñado de españoles y solía aprender con tesón el latín, soñaba con que un día —anciado enormemente por él— iría a la Universidad de Salamanca. Sentía que todo lo ligaba con la raza de su padre. Todo lo llevaba hacia España. Cuando la Madre Patria estuvo presente, porque todo a su alrededor así lo hacía notar, cuando "palpó de cerca las distancias que le separaban material y espiritualmente de su tierra nativa", volvió a sentir honda nostalgia de su Cuzco del recuerdo y a sentir más cerca de su corazón el de-

seo de hermandad con los indios sus medio hermanos y el "atávico reclamo de los recuerdos de la grandeza incaica".

Con una perfecta ecuación, Porras definió este dilema: español en Indias, indio en España, he ahí la situación del Cronista. Y agrega con un profundo sentido de la filosofía de la historia del Perú, ese es el dilema mismo del alma peruana "atraída por los divergentes reclamos de ambas estirpes y culturas". En frases de verdadera predicción dirá: "Garcilaso se sentirá indio en la Primera Parte de sus Comentarios y español en la Segunda, pero su obra es, como lo ha dicho Riva Agüero, el primer intento de reconciliación entre ambas razas. En la obra de Garcilaso se funden ambas en la síntesis del mestizaje que presiente al Perú. Por ello puso al frente de su obra estos títulos significativos de su doble destino: "el Inca Garcilaso de la Vega, natural del Cuzco, y Capitán de su Majestad".

Otros juicios emitidos por Porras tienen también especial influencia que se reflejó en la tendencia de los estudiosos del momento histórico que se sucede en el Perú, en época determinada, el hispanismo y el indigenismo. No toma un partido, cree en lo primero, pero no desdeña lo segundo, porque el Perú no es ninguno de los extremos que desea exhibirse. Hay líneas firmes de su pensamiento, trabadas en una justa interpretación. Así el tema de Garcilaso lo lleva a desarrollar su pensamiento preciso y concreto. Garcilaso es un "mestizo a boca llena", dirá en más de

una ocasión. Repetirá otra vez, en su comentario de los Diálogos del Amor, traducido por el Cronista, que esta realización la hizo el Inca para deleite de indios y españoles porque como él mismo observa "de ambas naciones tengo prendas". Por eso concluye en uno de sus ensayos sobre el tema aludido: "Inútil, por esto querer explotar a Garcilaso en pró de una u otra tendencia exclusiva. Es indio para los que quieren hacerle únicamente español y se descubre hispánico, cuando intentan dejarle únicamente en indio".

Explicable entonces es su incontenible trazo del Inca que aparece con su pluma en multitud de artículos y libros. En su obra "Fuentes Históricas", tiene verdaderos acápites que son definitivos. Es significativo su estudio de la vida del Cronista en Montilla.

Al referirse al estudio del Inca, en el famoso "Elogio de Garcilaso" de Riva Agüero, no escatima el anotar que en el estudio del gran historiador contemporáneo "palpita la misma emoción tensa de admiración hacia el Incario". Observa que Riva Agüero desdeña a los historiadores fríos y mediocres, que son unos verdaderos amontonadores de datos y por eso cabe elogiar al Inca por que ha escrito una historia con alma de poeta, donde su relato "puede errar en lo accesorio pero que, realzando las líneas capitales y dominantes de la cultura incaica, salva el espíritu y traduce con el instinto adivinatorio el misterio esencial de su estirpe y de su raza".

Garcilaso no solo tiene un sitio como cronista, porque se supo ganar esa posición,

siendo su relato dulce y a la vez sereno sino porque como el mismo Riva Agüero lo ha señalado, y el Maestro Porras lo citó con toda oportunidad "es la entraña del sentimiento peruano, es el propio ritmo de la vida aborígen, ese aire de pastoral majestad que palpita en sus páginas y que acaba en el estallido de una desgarradora tragedia, ese velo de gracia ingenua tendido sobre el espanto de las catástrofes, lo dulce junto a lo terrible, la flor humilde junto al estruendoso precipicio, la sonrisa resignada y melancólica que se diluye en las lágrimas".

Vallejo

En París conoció al poeta y supo de sus angustias y penalidades, él, un diplomático en permanente estudio, también con sus avatares y sacrificios, no solo lo comprendió sino valorizó su honda inquietud humana. Por eso, buscó al hombre, al decir en sus apuntes acerca del poeta, que la historia literaria interrogará sobre la vida de César Vallejo. Queriendo expresar también lo que sus ojos zahoríes columbiaban la pregunta futura de las generaciones venideras del Perú que surgía.

Su simbolismo es extraordinario cuando en la llaneza de un párrafo nos dice: nació en Santiago de Chuco el 6 de junio de 1893, en los Andes del Perú y moriría en la Clínica Arago, el 15 de abril de 1938.

"La niñez y la adolescencia del poeta son rasgos que también tienen una coloración en la pluma de Porras. Fué dulce la vida y la infancia del poeta, el recuerdo de su madre,

"mamá todo claror", el ambiente, "las tibias colchas de vicuña con que los niños se cubrían del miedo de la noche, el patio empedrado de la casa, el corredor de abajo, el corral de gallinas y las piedras fragantes de boñiga, el pozo, el sillón antiguo del abuelo, trasto dinástico de cuero, que rezongaba a las nalgas tataranietas, la madre que repartía bizcochos de yema y servía el almuerzo en que reían albos platos de cancha y los juegos de los niños con el cielo y con el agua viendo volar las cometas azulinas o yendo a destapar "la toma de un crepúsculo para que de día surja toda el agua que pasa de noche".

Siguió la educación en Trujillo, su vida de estudiante y de profesor, su primer libro de versos, "Los Heraldos Negros". La presencia en el grupo "Colónida" y su amistad con Valdelomar, el pontífice del momento en la literatura peruana. Vallejo surge, dice Porras, "con un acento nuevo y distinto, más hondo, más patético y más humano. Su verso precursor desdeñaba la musiquería de violoncellos y los juegos de marionettes del rubendarismo y del simbolismo y usaba un acento más viril y extraño aunque inconfundiblemente peruano".

Después vino la cárcel, la inquietud política. "Ah! las cuatro paredes de la celda, si vieras hasta qué hora son cuatro estas paredes". Trilce que para Porras, siguiendo a Bergamin, es una poesía seca, ardorosa, como retorcida duramente por un sufrimiento animal que se deshace en un grito alegre o dolorido, casi salvaje".

Viene después "Escalas Melografiadas", un libro escasamente divulgado, que revela a uno de los mejores cuentistas peruanos. "La melancolía de su tierra serrana, de los recuerdos familiares se mezcla a relatos de una imaginación extraña y misteriosa, como en "Cera", descripción del ambiente en Lima, en que su sensibilidad se agudiza hasta tocar en "zonas ignotas del trasfondo humano".

Viaje a Europa. El poeta llega a París, deambula por los sitios de los turistas, de la bohemia, está en Montparnasse, en el Barrio Latino, en el Café de la Regencia, frente a la Comedia Francesa, allí reflejará en sus espejos "sus pómulos de indio y su frente bethoviana, en tanto que el humo de su cigarro y la taza de café se fundían en "un óxido profundo de tristeza". Pero nada le hacía olvidar su Perú, dice Porras, ni su sierra ni su madre. Después se casó; vinieron los viajes, Bretaña, Rusia, Berlín, Leningrado, Moscú, Praga, Viena, Budapest, Venecia, Florencia, Roma, Pisa, Génova y Niza. Después fué su expulsión de Francia, por su filiación comunista. Era 1930. Va a España; este país será el centro de su gran querer. Aparece "España aparta de mí este cáliz". Siguen días de suma estrechez económica, de lucha y de trabajo. Se publica "Tungsteno", poco después "Rusia". La tarea es intensa, escribir y escribir. Llega 1932, la atracción de París y la facilitación del regreso lo hace retornar. De nuevo a la rue Molière, no para poder quedarse, uno a uno se van sucediendo los diver-

sos alojamientos. La poesía tiene una pausa. Continúa el afán literario, el ensayo y el teatro. "Moscú contra Moscú", que más tarde titulará "Entre las dos orillas", es el resumen del pensamiento social de Vallejo, anota el maestro Porras. Sigue una comedia de polémica social, "Los Hermanos Colacho"; "farsa de pura cepa topaziana, que describe la parábola social ascendente de dos provincianos. Acidal y Mordel Colacho, desde el tambor de la aldea serrana hasta la diputación y la presidencia, con el apoyo de la Cotarca Corporation, el Comisario, un general y dos comparsas democráticas".

Continúa la presencia del poeta con el último esfuerzo en materia teatral, que tituló "La Piedra Cansada", una tragedia basada en una leyenda incaica, hecha como todo lo del poeta "a martillazo limpio, a puro dolor".

Entonces también publica dos ensayos sociales, también apuntes, páginas de diario, donde demuestra ser un incansable auscultador de sí mismo, coleccionados en dos libros "El arte y la revolución" y "Contra el secreto profesional". Después otro viaje a España y a su regreso, el deseo de escribir poesía en forma febril, cuyo corolario fué "Poemas Humanos".

En esos versos, en uno de ellos, como agorero de su propio destino exclamó:— "Me moriré en París con aguacero".

Porras matiza los últimos recuerdos. El poeta fué atacado de un mal extraño que lo llevaron a una clínica.

A su lecho de agonía, observa el maestro Porras, llegará la noticia de que en el Perú lo reconocían como el más alto valor poético peruano, según el enunciado de Estuardo Núñez, que señaló la verdadera dimensión del poeta.

Termina Porras, "murió en la mañana del viernes santo de 1938, y como él lo había querido, llovía tenuemente sobre París"

La glosa es fácil y caben las citas, porque al poeta profundo hay que ligarlo con el magnífico historiador. Uno y otro están firmemente unidos.

Universitario y Político

La casa natural de Porras fué la Universidad. Allí desarrolló una actividad enorme y sin precedentes. Entre los viejos muros del Convictorio Carolino y la vieja casona del Convento recoleto de los dominicanos, que fué claustro de la Universidad Católica, desenvolvió en clásica aptitud la forma de impartir enseñanzas y recibirlas.

En esos claustros, en más de una oportunidad "dijo" su palabra, no tuvo necesidad de gritarla.

Perteneció como se ha dicho, a la Generación del Centenario, o la que literariamente también ha querido nombrarse como la Generación "Vetada". Su posición de universitario tuvo un signo distintivo, la reforma de la Universidad en América. Fué la razón de ser de su generación, el ideal perseguido. Por ella lucharon los estudiantes de la Mesa

Redonda que llamó Germán Arciniegas, la que se hizo presente a lo largo de muchas décadas en la historia americana.

Como el viejo filósofo Ortega y Gasset, de quien en algunos aspectos sobre todo en éste fué su seguidor, aceptó que la Reforma universitaria era creación de usos nuevos. No consideró que los abusos que venían arras-trándose en la Vieja Universidad, necesariamente debían tenerse muy presentes, porque si estos eran casos aislados, poco frecuentes, de contravenciones a los buenos usos o en su defecto eran frecuentes, consuetudinarios pertinaces y tolerados, no cabía su corrección sino que había que modificar definitivamente los usos que eran los malos.

Por eso creyó decididamente que no era contra los abusos sino contra los usos de una Universidad caduca que debía necesariamente reaccionarse.

A la Universidad había que aportarla de un viejo axioma, que venía de siglos y de espíritus imitadores, que habían transplantado a nuestro medio sin penetrar en la profunda realidad nacional. Algunos estudiosos habían señalado, al referirse a la concepción europea, espejo de muchas de las realidades latinoamericanas que así como los ingleses derrotaron a Napoleón I, en la batalla de Waterloo porque fueron preparados en los campos de juego del viejo Colegio de Eton, así también la guerra del 70, fué una victoria del maestro de escuela prusiano y del profesor alemán. De esa misma manera, la guerra emancipadora tuvo su origen en los viejos

claustros carolinos y en la enseñanza liberal y la vocación revolucionaria surgida en el presente siglo tenía su origen en la renovación de las viejas figuras liberales de los claustros sanmarquinos y en el hecho de desempolvar las viejas enseñanzas retóricas que se habían establecido después de la catástrofe del 79. Nada de eso era cierto. En realidad, el país seguía siendo uno, en manos de un grupo minoritario que no dejaba las riendas para que existiera una real evolución en todos los aspectos de la vida civil y cultural del Perú. En uno de esos laboratorios que era la Universidad no existía sino anquilosamiento y los pequeños brotes de reacción rápidamente se sojuzgaban con prebendas o medidas disciplinarias y donde el medio ambiente fácilmente absorbía a los rebeldes porque no encontraban eco a sus aptitudes.

En puridad de verdad, existía el error fundamental que grandes pensadores han señalado y es que las naciones, cualquiera de ellas, llega a ser grande porque su escuela elemental, secundaria o superior es buena. Ortega ha dicho que es "un residuo de la beatría "Idealista" del siglo pasado". Ciertamente es que una nación es grande cuando su escuela es buena, pero también deben ser buenos su religión, su política, su economía y mil y un aspectos más. Porras creía esto último. No podemos reformar solo la Universidad. No podemos alcanzar un grado elevado de comprensión y llegar a ser un gran país, solo porque logremos una Universidad apta; claro está, es un gran paso y decisivo, pero además

y allí estaba su sinceridad, vienen otros aspectos conexos. En eso no fué un hombre de su generación porque los que se alinearon con él, la mayoría, para no ser injustos creyeron que la panacea era la reforma universitaria, con ella quedarían zanjados los problemas del Perú. El tiempo les ha dado un mentís clamoroso.

En más de una ocasión planteó el mismo tema de la Universidad. A ella dijo van los que desean recibir una enseñanza superior. Ahora bien, ello planteaba otro aspecto importante. Todos los que reciben enseñanza superior son los que podían recibirla o no, de allí el axioma también, la Universidad significa un privilegio difícilmente justificable y sostenible. Entonces, ¿los obreros deben recibir enseñanza universitaria? La respuesta era concreta. Sí, la deben recibir, pero, ¿En qué medida y cómo? La Universidad entonces y el problema de la enseñanza universitaria desembocaba en la manera de universalizar la Universidad con la determinación previa de lo que es ese saber y esa enseñanza universitaria. Había que hacer como se ha dicho "prosa" la Universidad para que el obrero pudiera ingresar en ella. La cuestión no compromete a la Universidad en sí, sino al Estado propiamente dicho y es un problema de éste, no de aquélla. Sin embargo no fue entendida así en ese momento. El Estado no fué permeable, ni los directivos de la propia institución. Era una solución heroica pero ecléctica, que si tuvo éxito en el momento no avasalló la realidad en el tiempo las Uni-

versidades Gonzáles Prada, que tuvieron una feliz consecuencia, unir al estudiante universitario y al obrero peruano.

La Universidad tampoco cumplió los fines propios de la Generación "Vetada". Enseñó regularmente las profesiones y preparó mal a los investigadores, dos tareas básicas y esenciales de la Universidad. Porras era un convencido, que la tarea principal era conseguir que la Universidad formara buenos médicos, farmacéuticos, abogados, jueces, notarios, economistas, administradores públicos, profesores de ciencias, de letras, de segunda enseñanza, pero además, daba valor especial a los investigadores. Sólo así se podría formar una élite. Porras aceptaba y comprendía que sólo un grupo podía seguir una especialización y consagrarse a ella. Al grupo que formó año tras año, en la especialidad de historia, le consagró siempre sus mejores esfuerzos y desvelos porque comprendía que era uno de los puntos principales en los fines que persigue y debe realizar la Universidad. De allí también que su casa de Miraflores, de la vieja calle Colina, se convirtiera en un Centro de Especialistas, verdadero claustro universitario donde Porras se identificaba con sus discípulos inquietos del pasado y del presente, en el acaecer histórico peruano.

Creyó también que la Universidad debía transmitir el real sentido de la Cultura General, no el concepto vago e impreciso que muchas veces vió y percibió en sus maestros, sino el verdadero sistema de ideas sobre el mundo y la humanidad que el hombre posee de su época, que desea conocer, y apreciar e

incorporar a su bagaje de convicciones para que su existencia sea honesta y correctamente orientada.

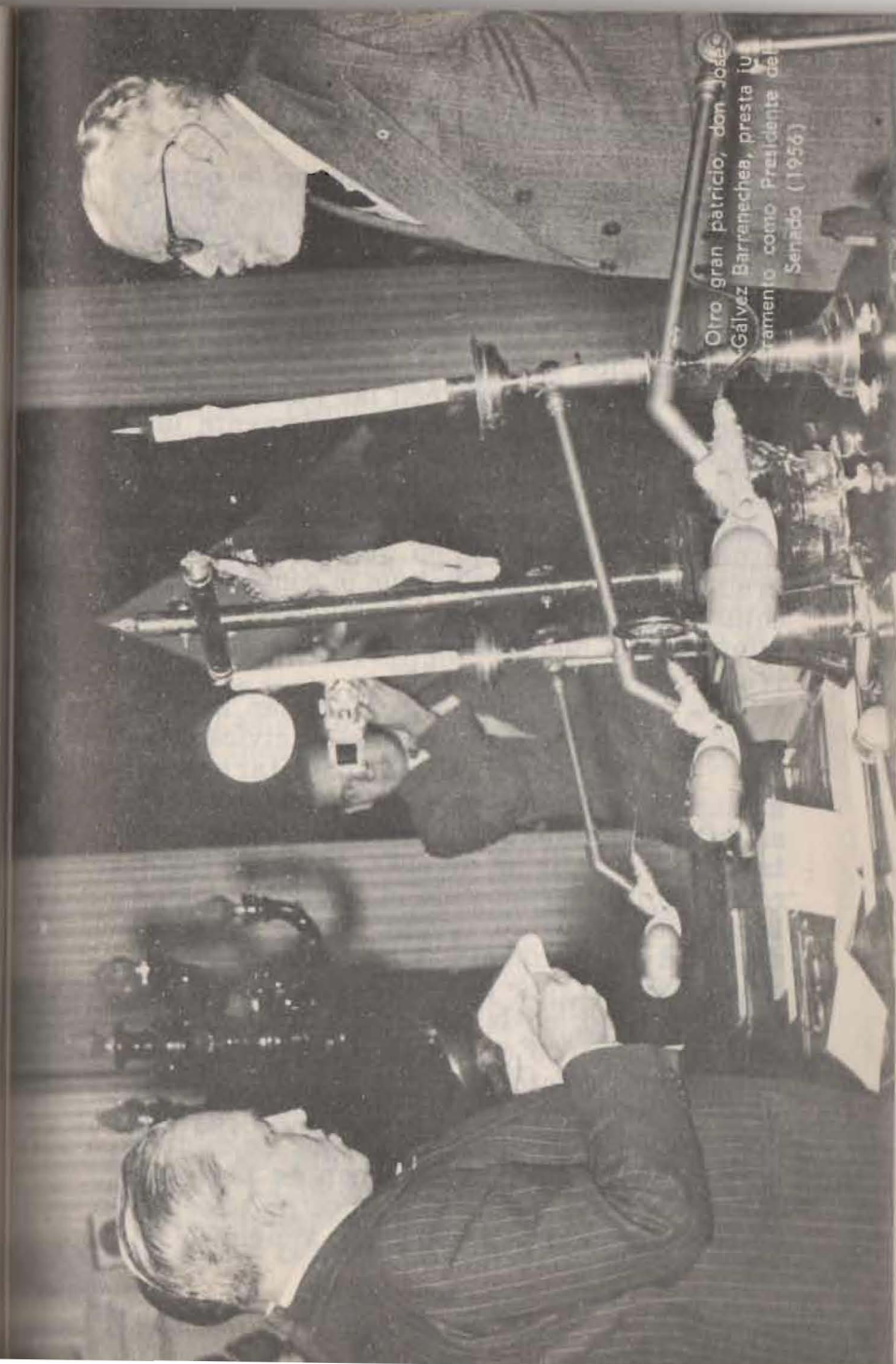
Hizo suyo el concepto de no vivir humanamente sin ideas. Adecuó su pensamiento a ese concepto indio que "Nuestros actos siguen a nuestros pensamientos como la rueda del carro sigue a la pezuña del buey". Dejó establecido, en más de una ocasión que los hombres 'somos' nuestras ideas. Tuvo también el pensamiento orteguiano muy presente, al decir con la cita de Gedeón, que "el hombre nace siempre en una época. Es decir, que es llamado a ejercitar la vida en una altura determinada de la evolución de los destinos humanos. El hombre pertenece consustancialmente a una generación y toda generación no se instala en cualquier parte, sino muy precisamente sobre la anterior. Esto significa que es forzoso vivir a la altura de los tiempos, y muy especialmente a la altura de las ideas del tiempo".

De sus ideas sobre la Universidad también extrajo la posición vital frente a la vida actuante y lo expresó en más de una ocasión, la Sociedad necesita buenos profesionales pero también necesita asegurar la capacidad de ese personal categorizado en el sentido de mandar. Estuvo convencido que en toda Sociedad siempre hay alguien que manda. Hoy mandan tanto las sociedades europeas y algunas orientales y en ellas las llamadas clases burguesas o proletarias, y aparte de su formación profesional importa que sean capaces de vivir e influir según la altura de los tiempos. Estaba convencido que la Universi-

dad actual debería restablecer la enseñanza de la cultura o sea del sistema de ideas vivas que posee el mundo en esa época. La tarea radical y concreta que la Universidad tiene, debe ser esa y no otra cosa. Sinó, sus metas están desnaturalizadas como en los momentos presentes.

* * *

Si fué universitario, también fué un político, porque actuó en la vida institucional del país, porque buscó y dió soluciones de ámbito nacional, porque amó al Perú y a sus habitantes, por eso también hay que ubicarlo dentro de lo que puede ser el "homo politicus". Enrique Gonzales Dittoni tuvo quizás la mejor definición en este campo del Maestro, al señalarnos en página antológica la realidad de esta actividad. "Gustaba decir el Maestro que él era un liberal inveterado. Desde luego no en el sentido de la ideología política del siglo pasado sino más bien en la interpretación de Marañón, como una actitud de templanza y de sosiego, alejada de los dogmatismos y de los extremistas y basada en el ejercicio crítico de la razón por encima de las emociones circunstanciales. El liberalismo de Porras tenía como base un sólido humanismo y una profunda vivencia de los valores de la persona humana bajo el signo de la tolerancia. Por eso abominaba del grito destemplado y de la violencia física, pero tampoco resistía la vanidad irracional ni el desprecio por los humildes. Al culto por la inteligencia, que la tenía en grado sumo, anteponía siempre una postura ética de auténticas raíces cristianas y de ahí su admiración por la figu-



Otro gran patriota, don José Gálvez Barrenechea, presta juramento como Presidente del Senado (1956)

ra de Erasmo. Su sentido humano le permitió comprender las nuevas corrientes filosóficas, estéticas o políticas y aunque permanecía siempre por encima de la contienda, fiel a su irreductible posición independiente, gustaba decir que sus jóvenes colaboradores o sus discípulos más distinguidos le habían mantenido en contacto con las nuevas orientaciones. Desde luego, era simplemente una manera de expresar su vocación magistral y de elogiar a quienes estimaba porque precisamente era él, irrevocable estudiante de actitud y de ejercicio quien quería estar siempre inmerso en el mundo que lo rodeaba para equilibrar así, quizá, su formidable conocimiento de la historia y su increíble poder de reconstrucción del pasado".

Su posición de político también se tradujo en su permanente inquietud cívica. Mujica Gallo ha dicho que no tomó tarjeta de afiliación en ningún partido porque era celoso de su individualidad, pero que siempre estaba listo a salir en defensa de los menesterosos, de la libertad y de la justicia. Llegó a la política actuante, añade, por la vía de la dignidad y la protesta, por la rebeldía también. Fué leal, por eso, "Electo senador por Lima en 1956, en la lista del Frente Democrático que lanzó el Aprismo, nunca desdijo de su origen electoral, y mientras otros menegados, dando la espalda a la única razón por la que han podido figurar por un minuto en la vida pública, se alistaban en piraguas corsarias, Raúl mantuvo al tope su pabellón de combatiente por su pueblo y amigo fiel de

quienes le habían confiado su personería. Entañable y decidido en eso como en todo, dió su pelea, sin tapujos, sin vacilaciones y sin sacrificar su personalidad que resplandeció, codo a codo, junto a su inesperada, pero efectiva y voluntaria disciplina doctrinaria"

Si esa fué su doctrina y la lealtad de sus principios, también supo expresarlos con la finura de su pluma, en diversas situaciones de su vida. Nada más palpitante que ese llamado ¡Abajo el Centralismo!, donde aparte de su aguda sátira, cala muy hondo en el ambiente y la realidad peruana. En uno de sus acápites, sutiles pero precisos dice: —"Lo del dominio de la costa sobre la sierra no es posible negarlo. Pero lo que sí debe aclararse es que se trata de una represalia histórica. Cuando se establezca aceptablemente la cronología incaica se podrá comparar el tiempo anterior que la costa estuvo sometida a la sierra con el actual. Y como la cronología incaica no se anda corta en eso de los milenios, se verá que la costa tiene derecho a dominar a la sierra por más de ocho años todavía".

Cabe agregar también su actitud con Lima, la ciudad que quiso entrañablemente y sus habitantes, en su juicio político, pleno de picardía, al decirnos: —"La absorción de Lima, en cambio es imposible negarla. Lima es a tal punto absorbente que en Lima la mínima parte son los limeños y la gran mayoría son los provincianos de otras regiones del Perú. Lima en buena cuenta no es Lima sino la Capital del Perú. No hay mayordomo que no sea coronguino, heladero que no sea

de Pallasca o Coracora, guardia civil que no proceda del Callejón de Huaylas o de cualquier otro callejón. Los universitarios son en su gran mayoría provincianos y provincianos los reclutas y los diputados. Pero sucede de raro que, en vez de que partan de Lima las órdenes políticas y los cambios de Gobierno éstos han surgido siempre de las provincias. Díganlo, "Las Revoluciones de Arequipa del Deán Valdivia y las que debe estar escribiendo el actual Deán de esa Catedral..."

Así alternó la sátira con la realidad. La seriedad con la perspicacia, la lealtad con la verdad política. Pero la política no lo subyugó, al contrario, tuvo su parte en el decurso de su vida, pero no fué, si se quiere, lo más importante. Ese camino lo escogió por su actitud solitaria, porque era la única manera de resguardar con fidelidad atesorada independencia amenazada en muchas oportunidades. Si cabe definir su sentir de liberal que más de una vez lo proclamó y lo voceó con la profundidad de su carácter, hay que recurrir a Marañón y decir con él, que el Maestro fué un liberal porque siempre estuvo dispuesto a entenderse con el que piensa de otro modo y porque no admitió nunca que el fin justifica los medios, sino por el contrario son los medios los que justifican el fin. Para él, el liberalismo de que hizo gala, fué una norma de conducta que no requería ninguna profesión de fé sino el ejercicio de ella. Fué liberal. "Como es de limpio o como, por instinto, nos resistimos a mentir".

Canciller de la República

Alguien ha dicho con gran verdad que la diplomacia es un arte en el que todo está condicionado a las cualidades y méritos de sus cultores, por eso, la historia de la diplomacia también es, la historia de sus grandes hombres y si se trata de la historia de la diplomacia peruana, ésta, tiene que estar ceñida a esta ley. Raúl Porras pertenece a ella por propios méritos y por su actuación.

El tratadista español Ricardo Spotorno ha dicho que la diplomacia es la ciencia de las relaciones exteriores de los Estados y al arte de las negociaciones. También es lo contrario de la guerra y sus cultores son los que poseen —aunque se quiera negarlo— condiciones de talento, de habilidad, de tacto, que saben encauzar en un momento dado para lograr las mejores posibilidades de éxito.

Raúl Porras tuvo eso y mucho más. Canciller de la República, probados y sobrados méritos tenía para ello. Con el Barón de Martens se pudo decir que tenía el conocimiento exacto de los intereses comerciales que aproximan a los Estados, de los recursos materiales de todo género que componen su fuerza, de los tratados y convenios que los ligan, de los principios y puntos de vista que gobiernan su política, de los hombres de Estado que la dirigen..., de las rivalidades de las potencias que les complican la acción. Era, en ese momento, el depositario del honor y de los intereses generales de su país, conocía a los hombres y sabía que al escoger

a las personas más capaces como agentes, estaba salvaguardando y dándoles al mismo tiempo en custodia los más graves intereses del país.

Con Tayllerand también podía decirse cuando exigía las condiciones de un Canciller, que fué hábil en el arte de negociar, correcto y cordial, psicólogo y erudito, dotado de buen sentido y poseedor en alto grado de la noción de la oportunidad.

Fué un hombre de carrera en el sentido que la justa interpretación y aspiración se dá y tiene en la Casa de Torre Tagle. Subió peldaño a peldaño y por propios esfuerzos. Aprendió el arte sutil en los ejemplos familiares y al mismo tiempo en el estudio de las viejas figuras de la diplomacia peruana, cuyos espíritus deambulan permanentemente en el viejo Ministerio, como Pando, Herrera, Paz Soldán y Unánue. Fué el hombre de estudio, el diplomático de gabinete. Su formación estuvo siempre localizada en el Ministerio, más que en el arte propio de la actividad exterior estuvo centrada su labor en la propia Cancillería y es que el real sentido de la política exterior peruana en la época que comenzó a actuar, sobre todo en su primera, fué la defensa de las fronteras, del contorno, y sus mejores hombres estuvieron abocados en esa sustancial y concreta tarea. A ellos perteneció Porras. Posteriormente viajó, estuvo en el exterior, destinado a más de una Misión diplomática pero siempre en función de esa labor y de ese destino de la posición internacional del Perú. Después fué Je-

fe de Misión y realizó la aspiración del hombre que abraza el servicio diplomático, ser Agente en el exterior y ejecutor de la política exterior peruana.

Más tarde, como solo le corresponde a los elegidos, culminó su extraordinaria carrera alcanzando la calidad de Ministro de Estado. Allí volcaría toda su apetencia por amor a la carrera a fin de mitigar muchas de las injusticias que caen sobre el servicio exterior peruano. Realizó las mejoras económicas que sufrió en carne propia por el abandono que muchas veces se ha hecho del funcionario que sirve en la Carrera diplomática. La defensa exterior del Perú dijo en más de una ocasión, para subrayar el hecho de la corrección de esa injusticia descansa en ese héroe anónimo que es el agente diplomático peruano.

Estuvo convencido que un país debe tener definida su política exterior y fortalecer y perfeccionar, así como conseguir que sus agentes sean los mejores o traten de serlo ya que reciben tan honroso encargo.

En más de una ocasión, ante el interrogante que los jóvenes miembros del servicio exterior le hacían expresó: —“Ninguna nación puede cambiar su posición geográfica, su clima ni sus recursos económicos y es sobre estos factores sobre los que debe basarse su política exterior: lo que es susceptible de variación es la destreza con que se pone en práctica la misma”.

Así predicó el afán sustantivo de la carrera diplomática y la formación del funcio-

nario del Servicio Exterior, dió vivos ejemplos de la realidad de su pensamiento y su acción. La actitud asumida en el ágora de los pueblos del mundo las Naciones Unidas, cuando ante el Secretario de Estado Foster Dulles, lo requirió y amonestó, defendiendo los vitales intereses del Perú y del Continente. Y finalmente cuando en la reunión de San José de Costa Rica, su última actuación como diplomático, donde como dice V. A. Belaúnde, se puso por encima del pugilato internacional y trazó con energía e independencia las responsabilidades de los dos grandes contendores. Esa su actitud representó "su última y señera lección no solo de rebeldía y de desprendimiento sino de medida, de ética, de entereza intelectual, de integridad moral, de buen gusto y no seguramente (hay que decirlo todo) de acierto político, pues mientras aboga por el mantenimiento del principio de no intervención y la defensa del sistema democrático, se opone tácitamente a tal defensa no obstante reconocer la presencia en América, de doctrinas disociadoras que chocan con la amplitud democrática y generosidad cristiana, propias de nuestra raza. Pero con resulta circunspección espiritual desdeña al mismo tiempo asumir como Canciller del Perú, una barata posición demagógica tan fácil y tan acorde con la mentalidad populachera de los que denuncian un imperialismo intolerable para entregarse esclavizados y babeantes a la ferocidad de otro imperialismo".

Esa decisión fué la de un verdadero Canciller del Perú, que sólo merece ser ubicada

en cualquier capítulo de la historia de la diplomacia peruana con las propias palabras finales de su discurso de San José de Costa Rica: —"Démosle pues aliento en sus ansias de libertad al pueblo dominicano y proveamos los medios necesarios para reanudar con él el diálogo fraterno de la democracia y de la convivencia internacional, en una América libre de amenazas y de rencores, basada en el respeto de la personalidad de los Estados, de la dignidad humana y de la solidaridad en la paz y en la justicia social".

Por eso, para cualquier breve reseña de Porras como Canciller solo cabría hacer una cita digna de él y solo habría que buscarla en la referencia que ese gran Canciller de Francia, Talleyrand dijo de su sucesor el Conde Reinhard: —"Dominado por el honor y por el interés del príncipe, por el amor a la libertad fundado en el orden y en el derecho de todos, un Ministro de Negocios Extranjeros, cuando sabe serlo, se halla así colocado en la más hermosa situación a que un espíritu elevado pueda aspirar". Así cabe colocarlo.



Porras juramenta como Ministro de Estado.

Epílogo

*Félix qui potuit rerum cognoscere causas.
(Virgilio, Las Geórgicas, II, 489).*

“Sigamos recogiendo la lección del maestro, del amigo, del rebelde, de un rebelde que en el instante preciso sabe bajo el signo espinoso de la rebeldía despedirse de la vida. Raúl Porras Barrenechea, maestro siempre, quiso despedirse de nosotros dictando su curso de elegante y culta rebeldía, alcanzando el privilegio de la gracia divina en ese momento exacto, justo, a la hora en punto de morir, de morir en su ley”. (M. Mujica Gallo).

“Esperanzas, ilusiones, vívidas recuerdos juveniles se aglomeran en mí con honda pena. Los acallo al dar en palabras que tratan de expresar en forma somera, con la rigurosa acepsia de la objetividad, las razones por las cuales debía ser absolutamente imprescindible que en los multitudinarios funerales de Raúl Porras estuvieran presente, en



Su casa, a pocas cuadras del Parque Raúl Porras Barrenechea, ha sido convertida en una especie de Casa de la Cultura de Miraflores, a manos de Jorge Puccinelli.



Miraflores, su ciudad, le rindió el justo homenaje que le corresponde como hijo predilecto, que supo amarla.





Raúl Porras,
Canciller de
la República.

conjunción que en sí es extraordinaria, e invocando valores que no mueren, tanto la Academia Peruana de la Lengua, como el Instituto Histórico del Perú, como la Sociedad Peruana de Derecho Internacional". (J. Basadre).

"Intellectual antes que diplomático o político; hombre bueno, cordial bajo un exterior huraño magnífico amigo de los amigos; espíritu adicto a la ideología liberal y humanística aunque permeable a la emoción social de la hora que adviene; maestro generoso que proporcionara sus fuentes de información tanto a los colegas como a los más humildes discípulos, deja Raúl Porras un trazo luminoso y profundo. El alud de pasiones que la vida desató en torno a él, en sus últimos años, se torna hoy remanso reverente. Lo rodean ya las sombras amigas de nuestros inmortales así como la adhesión viva y prodigiosa de todas las almas jóvenes que quieren un mundo humano". (R. Ferrero R.)

"Habrá —tal vez— en el futuro, Cancilleres que superen la gestión diplomática de Porras, o investigadores que iguallen su minucioso aporte a nuestra historia, o estilistas que logren, como él, adquirir un dominio tan airoso y sutil de la palabra. No habrá, en cambio, quien pueda sustituirlo con ventaja en la cátedra de peruanidad que deja vacante con su muerte". (A. Towsend E.)

"Ahora que la muerte de Porras ha decretado la diáspora de sus discípulos y amigos, bueno será reencontrar en sus libros y en su memoria, el agua viva de la Patria y

de sus hombres mejores". (C. García Bedoya).

"Que mejor homenaje a su memoria y que mejor servicio a la cultura peruana que salvar para la posteridad la Opera Omnia de este escritor, en cuyos trabajos capitales se acendran con relieves de magistral madurez sus altas calidades para la investigación histórica y literaria que ya se apreciaban desde sus trabajos primigenios al manejo seguro de las fuentes se une su formidable intuición histórica y su riguroso sentido para la crítica del documento, analizado siempre con ayuda prolijidad científica. Todo ello sin caer en esa pendiente que Ortega y Gasset ha llamado "la barbarie de la especialización". Raúl Porras se nos revela en toda su obra obra como un auténtico humanista, como una mente abierta a todos los campos del saber y particularmente a las letras, la historia, la lingüística y el arte. Su obra histórica está creada, invariablemente por un espíritu ágil y bondadoso que no se ha dejado ahogar por el peso de la erudición, ni se ha marchitado en las noches laboriosas de bibliófila vigilia, porque no abdica de su esencial profesión ni renuncia a ésa cordialidad efusiva y sonriente de las almas universales, de que nos habla Montaigne". (J. Pucinelli).

"Fué él quien con Castiella, firmó el Tratado de la doble nacionalidad que es el hecho jurídico más importante en la relación entre España y los pueblos hispanos; y fué él quien más piedras aportó al monumento del gran extremeño fundador de Lima. De

esa Lima adonde van mis nostalgias hoy con voluntad de flores" (E. Montes).

"Con Porras se ha perdido un erudito y un repúblico; pero más valioso que eso era el hombre que ha muerto en él: un hombre de convicciones propias y con sentido valeroso del deber". (J. L. Bustamante y Rivero).

"Por eso Raúl Porras es ya y podrá comprobarlo quien repare sus trabajos en el Mercurio, uno de los grandes maestros del Perú". (C. Pacheco Vélez).

"Estamos aquí en esta última conversación en que sólo escuchamos el recuerdo. Con Porras ha muerto algo de nosotros mismos. Algo del Perú y de América. Lo demás — al margen de este entierro amanecido — quedan entre él y sus discípulos, los verdaderos amigos". (P. Macera Dall'Orso).

* * *

Y así terminó la vida del Maestro Porras... Pero las personalidades que han suscitado un gran movimiento en la tierra no se sumergen jamás en el silencio de la tumba.

BIBLIOTECA HOMBRES DEL PERU

CUARTA SERIE

XXXI	PROLOGO DE LA CUARTA SERIE BERNABE COBO JUAN DEL VALLE CAVIEDES	Jorge Basadre Guillermo Lohmann Villena Luis Jaime Cisneros
XXXII	ANDRES A. CACERES MIGUEL IGLESIAS	Raúl Zamalloa Armejo René Hooper López
XXXIII	IGNACIO MERINO FRANCISCO LASO	Juan M. Ugarte Eléspuru Juan M. Ugarte Eléspuru
XXXIV	ALEJANDRO DE HUMBOLDT ENRIQUE MEIGGS	Estuardo Núñez Estuardo Núñez
XXXV	JUAN DE ARONA CARLOS AUGUSTO SALAVERRY	Julio Ortega Alberto Escobar
XXXVI	JOSE JOAQUIN DE MORA MARTIN JORGE GUISE	Estuardo Núñez Fernando Romero
XXXVII	VENTURA GARCIA CALDERON ABRAHAM VALDELOMAR	Julio Ortega Augusto Tamayo Vargas
XXXVIII	MARIANO H. CORNEJO FRANCISCO GARCIA CALDERON	Ezio Parodi Marone Jorge Guillermo Llosa
XXXIX	MARIANO DE RIVERO FEDERICO VILLARREAL	Arturo Alcalde Mongrut Arturo Alcalde Mongrut
XL	JOSE DE LA RIVA-AGÜERO OSMA RAUL PORRAS BARRENECHEA	José Jiménez Borja René Hooper López

OTROS TITULOS PUBLICADOS EN ESTA BIBLIOTECA

Primera Serie: Pachacutec-Huayna Capac-Pizarro-Almagro-Garcilaso de La Vega-Guamán Poma-Santa Rosa de Lima-San Martín de Porras-Tupac Amaru-Viscardo-Sánchez Carrión-Baquijano y Carrillo-Unanue-Rodríguez de Mendoza-Grau-Bolognesi-Palma-Vallejo

Segunda Serie: Huáscar-Atahualpa-Cieza de León-Sermiento de Gamboa-Fco. de Toledo-Conde de Lemos-Sto. Toribio de Mogrovejo-San Francisco Solano-Pedro de Peralta-Pablo de Olavide-Vidaurre-Pumacahua-Salaverry-Nieto-Castilla-Plérole-Pardo y Aliaga-Manuel A. Segura-Manuel Gonzales Prada-José Carlos Mariátegui.

Tercera Serie: Fco. de Orellana-Lope de Aguirre-Luna Pizarro-González Vigil-Gamerra-Santa Cruz-La Mar-Vivanco-Herrera-Gálvez-Daniel A. Carrión-Mariano F. Paz Soldán-Melgar-Gálvez-Barrenechea-Raimondi-Tello-Deustua-Villarín-Chocano-Eguren.

DIRIGIDA Y EDITADA POR HERNAN ALVA ORLANDINI

GENERAL MENDIBURU 639 - STA. CRUZ - TEL. 28548 - MIRAFLORES

Dear Sir,

I have the honor to acknowledge the receipt of your letter of the 21st inst. in relation to the above.

I am sorry to hear that you are unable to visit the office at the present time.

I am sure that you will be able to return to the office as soon as possible.

I am sure that you will be able to return to the office as soon as possible.

I am sure that you will be able to return to the office as soon as possible.



I am sure that you will be able to return to the office as soon as possible.

I am sure that you will be able to return to the office as soon as possible.

I am sure that you will be able to return to the office as soon as possible.

I am sure that you will be able to return to the office as soon as possible.

I am sure that you will be able to return to the office as soon as possible.

I am sure that you will be able to return to the office as soon as possible.

I am sure that you will be able to return to the office as soon as possible.

I am sure that you will be able to return to the office as soon as possible.

I am sure that you will be able to return to the office as soon as possible.

